

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN IX

FRANCISCO VILLAESPESA

LAS GRANADAS DE RÚBÍES

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

LAS GARRAS DE LA PANTERA

EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN



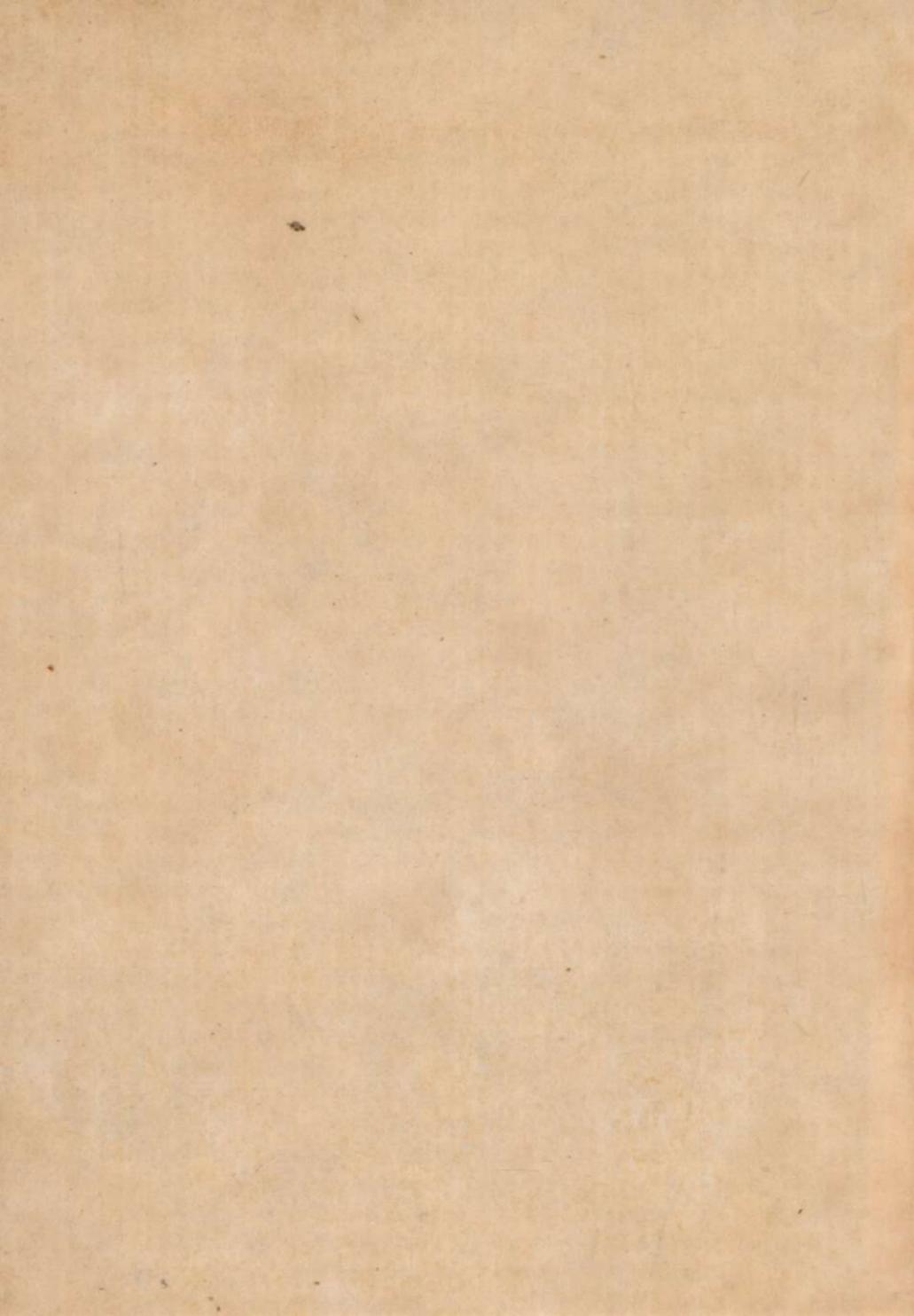
"EDITORIAL MUNDO LATINO,"
MADRID

25001-

J

AJ

845



LAS GRANADAS DE RUBÍES

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

LAS GARRAS DE LA PANTERA

EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—LAS JOYAS DE MARGARITA: BREVIARIO DE AMOR.—LA TELA DE PENÉLOPE.—EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA.
VII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDENALES.
VIII.—EL MILAGRO DE LAS ROSAS.—RESURRECCIÓN. AMIGAS VIEJAS.
IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES.—LAS PUPILAS DE AL-MOTADID.—LAS GARRAS DE LA PANTERA. EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN.

R-122561

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN IX

FRANCISCO VILLAESPESA



LAS GRANADAS DE RUBÍES
LAS PUPILAS DE AL-MOTADID
LAS GARRAS DE LA PANTERA
EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN



"EDITORIAL MUNDO LATINO"
MADRID

ES PROPIEDAD

LAS GRANADAS DE RUBÍES



I

Dos veces todos los años, el viejo narrador del desierto levantaba las largas y pesadas cortinas de púrpura, que impedían la entrada a su tienda, y aparecía en el umbral, envuelto en sus amplias vestiduras blancas, grave y solemne, con la majestad de un profeta que se dispone a traducir, en el mísero lenguaje de los hombres, los misteriosos conceptos sobrehumanos, que entre el fragor del trueno y el deslumbramiento del relámpago, le fueron revelados en la cima de una bíblica montaña.

Dos veces al año, el narrador del desierto extendía sobre el umbral de su tienda una gran alcatifa franjeada de seda, tejida con extraños arabescos de hilos de plata, que al enlazarse en el centro formaban un maravilloso jeroglífico...

Gravemente, como el que cumple un rito sagrado, colocaba en el centro de la alcatifa un cojín de cuero negro, sobre el cual resaltaban complicados adornos de oro, interrumpidos de cuando en cuando por pequeños óvalos de ámbar que le daban vitales fosforescencias felinas. Y este cojín le servía de asiento.

Siempre escogía para empezar sus narraciones

esa hora silenciosa y dulce en que el sol declina, cuando es más intenso y puro el azul diáfano de los cielos, curvado sobre la inmovilidad broncínea de los palmares lejanos.

A su espíritu extático y contemplativo le parecía aquel momento el más oportuno y propicio para interpretar, en palpitantes relatos, el sentido misterioso y oculto de las más herméticas profecías.

Hacía mucho tiempo que le conocía la gente de aquellos contornos, y aunque sólo se dejaba ver dos veces cada año, su recuerdo permanecía muy vivo en el corazón de los beduinos y su nombre era siempre el motivo más familiar de sus veladas, bajo la luz de plata de la luna, en torno de las cisternas o junto a las empalizadas que guardaban los rebaños de la voracidad hambrienta de las fieras.

Como desconocían su nombre, le llamaban simplemente el Narrador del Desierto.

Su fama se había extendido tanto en lenguas de la admiración, que no existía un solo aduar desde las montañas del Líbano hasta las extensas planicies del Hegiar, en el que no se conociese y reverenciase su nombre.

Su tienda permanecía cerrada durante todo el año, como tabernáculo privado de celebrantes y de adoradores.

Se afirmaba que después de derramar sobre los hombres el armonioso consuelo de sus parábolas, perfumadas de la más santa piedad, emigraba, siguiendo el vuelo de las cigüeñas, a desconocidos parajes inaccesibles a toda humana planta, a bosques intrincados de fabulosos prodigios, donde la

voz divina se hace oír en el bramar espumoso de los torrentes, en el rugir de las bestias feroces, en el silbato agudo y cortante de las serpientes, y hasta en el estremecimiento fragante de la brisa, al animar los altos cañaverales floridos de campanillas silvestres.

Algunos murmuraban en voz baja, casi al oído, como si relatasen algún misterio inaudito que, al extinguirse las últimas palabras de sus narraciones, desaparecía con el crepúsculo, y, transformado en sombra, iba a perderse, invisible, en la profundidad azul de la noche, hasta volar a las más ocultas y remotas constelaciones, para luego descender de ellas con el alma henchida como una copa colmada de todos los tesoros inauditos que encierra el Misterio.

Había quien juraba haberle visto, bajo la claridad de perlas de la Luna, dibujar en el suelo con una varita metálica extraños jeroglíficos, siguiendo los vagos contornos que proyectaban las sombras de los altos ramajes de las palmeras.

Los rudos pastores que conducen sus manadas de cabras negras y lanudas a pastar en los amarillentos herbajes que crecen, raquíuticos y miserables, a orillas de las cisternas o entre las blancas rocas calcinadas de las montañas del Irak, aseguraban en voz baja, estremecidos de espanto, que la tienda del narrador del desierto estaba guardada por monstruosos dragones que impedían todo acceso a sus umbrales.

Siempre que el viejo macho cabrío de retorcida cuerna, que servía de guía a sus rebaños, había intentado aproximarse a ella, al rozar con su hoci-

co áspero y húmedo los tapices de la entrada, había tenido que retroceder, dando saltos y cabrioladas alocadas, como si hubiese sentido en su lengua lijosa y sucia, la picadura de una de esas víboras que se enroscan a los matorrales secos, hambrientas de infiltrar su veneno, en esas horas asfixiantes en que el sol agosta y suprime hasta las sombras de los troncos desnudos y leprosos de las higueras salvajes y de las altas pitas polvorientas.

¿Por qué sucedía esto?

Porque los dragones que custodiaban la tienda del narrador del desierto, soplaban sin ser vistos por entre las rendijas de la tienda...

Y su aliento era abrasador y ampollante, como el del simoun que devora y calcina los restos de las caravanas...

Una vez, uno de esos guerreros nómadas de cabellos teñidos de azafrán y coronados con guirnaldas de muftí, de esas flores que tornan invulnerables a los que se adornan con ellas, en la serenidad de una hora crepuscular, tuvo la mala ocurrencia de disparar, en un gesto de desprecio y de burla, una flecha al interior de la tienda del narrador del desierto...

Mas apenas la flecha hubo partido, silbando, del arco firme y vibrante, guiada por el brazo duro y el ojo experto, como si rebotase en un escudo de diamante, tornó hacia fuera y fué a clavarse violentamente en el amplio y velloso tórax del arquero.

El guerrero nómada abrió los brazos y, espumando rabia y angustia, cayó exánime sobre las arenas, y la guirnalda de muftí se enrojeció de re-

pente con los cálidos tonos de la sangre viva...

Se decía también que un fakir, de luengas y blancas barbas y enmarañados cabellos, tan largos que flotaban sobre sus hombros como un manto de armiño, llegado de las remotas regiones donde el Ganges arrastra su corriente sagrada entre bosques de encanto y ciudades de misterio, ansioso de averiguar lo que ocultaba la tienda, había obligado, en una tarde de oro y de púrpura, a una inmensa boa que le acompañaba en su larga peregrinación, a introducirse en el retiro impenetrable del narrador del desierto.

Apenas la serpiente introdujo su achatada y avizorante cabeza de ojos fascinantes entre los cortinajes de la entrada, se vió su largo y escamoso tronco encogerse y vibrar, ondular y retorcerse, como si un yatagán invisible la hubiese cercenado...

Y al expirar, en los angustiosos estertores de la agonía, extranguló entre sus anillos el cuerpo mísero y centenario del sabio fakir.

II

¿Quién era aquel extraño y ambiguo narrador del desierto?

¿De qué tierra remota, de qué apartadas y desconocidas regiones venía?

¿Cómo y de qué vivía durante el resto del año?

Nadie sabía nada, y el misterio impenetrable que le envolvía, el halo milagroso que fulguraba sobre su frente, como una corona de oro y de estrellas sobre la blancura casta de su turbante, le daban mayor prestigio a su figura y un encanto sobrehumano a sus palabras.

En toda aquella tierra, estéril y ardiente, comida por el sol como por una lepra, y devorada por su propio ardor, como por un fuego interno, se le profesaba una veneración tan grande y tan profunda que casi rayaba en idolatría; y su palabra, las dos veces al año en que él la derramaba, como una música de consuelo y de esperanza sobre el corazón de la muchedumbre, era reputada por todos, no como si saliese de una humana garganta, sino como escapada, en un soplo de revelación, de los labios inmortales de un Dios.

Se esperaba con temblores de mística impaciencia que su mano descarnada y sutil, mano acostumbrada a palpar lo impalpable, alzase la larga y pesada cortina que cubría la entrada de la tienda, como se esperan las claridades frescas y benéficas del alba, después de una larga noche de monstruosas pesadillas y de febriles insomnios.

El acto apacible y sencillo de extender la amplia alcatifa, que el narrador colocaba en el umbral de la tienda, con la majestad grave y serena de un profeta que se dispone a derramar sobre los mortales obscurecidos en su ignorancia, la luz viva y goteante de paz que despiden las palabras divinas, era comparado por todas aquellas gentes, al gesto bíblico de Moisés, al tocar con su vara mágica la esterilidad dura y salvaje de la roca, para hacer

surgir la epifanía del agua y calmar la sed del pueblo abrasado.

Al destilar sus panales de frescura el agua, la alegría enciende las pupilas: al extenderse la alcata, las gentes, bajo sus mantos de lino, bajo sus pieles de camello, sentían sus corazones estallar de júbilo, y una frescura de serenidad, como un rocío del cielo, bajaba suavemente a refrescar sus almas agostadas por todas las áridas y terribles vicisitudes de la vida.

Alguno de esos hombres doctos que han encarnado a la luz vacilante y humosa de las lámparas, en la soledad del estudio, descifrando los viejos caracteres de los pergaminos, exclamaba, con lenta y sonora voz, entre el corro de los oyentes, que se impacientaban en la espera:

—«El narrador del desierto es la encarnación viva y humana de la meditación.

No le es lícito hablar siempre que quiere, sino cuando sus labios están absolutamente puros para poder expresar las verdades que han fructificado en el fondo de su alma.

Mas cuando la meditación habla, las voces extrañas deben callar, hasta que puedan recibir en toda su integrante fecundidad las palabras de la meditación, que son palabras maduras.

El más alto silencio se ilumina de estrellas, y el más profundo se entenebrece con la sombra de las tumbas.

El hombre no puede ni elevarse hasta aquél, ni descender hasta éste; mas viviendo entre el uno y el otro, debe saber coronar con palabras maduras la frente de la meditación.

Oigámosle en silencio, y que en el silencio nuestras almas se tiendan, como los labios sedientos, hacia la fuente de sus palabras».

Un humilde labrador del oasis de Betsabe, uno de esos pobres hombres que envejecen curvados sobre los surcos para llenar los trojes y vestir de oro y joyas a las odaliscas de los harenes de los Califas, añadió, suspirando en la gran serenidad azul y rosa del crepúsculo, la tristeza de la ancestral rebeldía de su raza, destinada por un negro y duro destino, desde la eternidad de los tiempos, a la más pesada servidumbre:

—«El rey de la tierra es sólo un fantasma, si se le ve a la luz de la meditación.

Él no debe contemplar, delante del espejo, si la corona corresponde a su majestad, sino buscar esta correspondencia en el fondo de su conciencia, como el narrador del desierto la busca en la soledad y en el silencio de la meditación.

El hombre no ha nacido para subir estúpidamente a las doradas alturas del trono, sino para ascender sabiamente a las altas regiones del pensamiento.

La autoridad con púrpura y cetro, con atambores que la anuncien y con espadas y lanzas que la resguarden, no es más que una abominable superstición».

Un viejo mendigo, casi milenario, en cuyo rostro seco y arrugado parecían petrificarse todas las amarguras y cansancios de una vida errante, sin calor de hogar ni alegrías de amor, recitó, con su voz plañidera de pordiosero, mientras sus uñas ásperas y negras se rascaban bajo los andrajos del

manto, la miseria y la costra de sus llagas inmundas:

—«Subí ricas y jaspeadas escaleras, graderías de mosaicos, con los pies descalzos, porque temían los celosos custodios que mis gastadas sandalias de viandante enlodasen los mármoles de los magníficos pavimentos.

Empujé espléndidas puertas de sándalo importado de la India y de marfil traído en pesadas galestras del Alto Egipto, con mis trémulas manos enquantadas, porque temían los miserables guardianes que con mis callosos dedos manchase el esplendor de las puertas.

Y cuando me hallé delante de los señores de la fortuna y del poder, los siervos, esgrimiendo sus armas y blandiendo sobre mis espaldas sus látigos, me arrojaron de su presencia, temerosos de que con mi aliento apestase la ociosidad de sus señores.

Rechacé su limosna a tan humillante precio, y al rechazarla me sentí más grande que el poder y la fortuna.

Arrojé con desprecio los guantes, volviendo a contemplar de nuevo mis manos desnudas de toda humillación, y volví a descender las marmóreas escaleras, lavándome con tierra y agua mis pies antes de calzarlos y emprender mi camino.

El narrador del desierto, señor y rey del pensamiento, me acoge cordialmente sobre sus almohadones, aunque traiga remendado y hecho jirones el traje, las sandalias cubiertas de barro y las manos callosas y sucias de arrancar, para el sustento de mi boca, las raíces, del seno de la tierra.

Y no solamente me acoge y me da el signo de paz en el rostro, sin saber quién soy ni de dónde vengo, sino que con la madurez de su palabra sacia todas mis hambres.

El oro que socorre humillando, no es nada ni vale nada, comparado con la palabra que alimenta de fortaleza y de esperanza nuestras almas.

Un célebre bandido, cuyo solo nombre hacía estremecer de pánico a los camelleros de las caravanas que, cargadas de oro, especiería y piedras preciosas atraviesan, al son de los cascabeles, las estériles soledades del desierto, dijo, con acento duro y cortante como la hoja de la cimitarra, en cuya empuñadura ornada de rubíes y de topacios apoyaba gentilmente el bronce bello y firme de su mano:

—«Cuanto más grande es la propiedad, tanto más virtuoso se hace el hurto.

Yo conozco a muchos grandes señores de la fortuna, los cuales me han enseñado, con sus acciones, la ciencia del robo, y yo la he aprendido de ellos para su propio daño.

Un día en que el hambre me impulsó a robar un pedazo de pan, fui condenado.

Otra vez que un poderoso señor, con sus dádivas, me impulsó a violentar un cofre para robar unas joyas con que comprar el amor de una sultana, fui magníficamente recompensado y sólo faltó que mi nombre fuese bendito en las oraciones de las Mezquitas del Islam, para que mi gloria no tuviera que envidiar nada a la de los más famosos califas de Damasco y Bagdad.

Hoy he cumplido un acto piadoso arrebatando

su corona a un príncipe malvado que no podrá acusarme sin acusarse.

Mi desprecio le salva; su vergüenza me redime.
¡Ciñamos su corona, que esparce vivos resplandores de carbunclos, perlas y esmeraldas a las sabias y nobles sienes del narrador del desierto!»

Todos los oyentes aprobaron la proposición, alzándose en un júbilo de gestos y gritos triunfales.

La muchedumbre rodeó la puerta de la tienda, agitando al aire, a manera de estandartes, sus alquiceles.

—Coronémosle con la corona del príncipe —gritaban todos, mientras el famoso salteador de caravanas la extendía sobre la frente pensadora del narrador del desierto.

Este, que acababa de sentarse sobre el almohadón de cuero negro para empezar la narración, les detuvo con un gesto sobriamente irrevocable, y les habló así, alzándose de su asiento y elevando sus brazos a los cielos profundos del crepúsculo:

—¡Si yo ciñese mi frente con la espléndida corona que fulguró su orgullo de gemas y de oro sobre las sienes de un malvado, yo perdería la mía!

Nada sirven los carbunclos, las perlas ni las esmeraldas... ¡La Verdad gobierna y brilla por sí sola, sin el vano y efímero esplendor de las gemas! ¡Y yo sólo quiero que la verdad corone siempre mis pensamientos!

Y el narrador del desierto volvió a disponerse a comenzar su narración.

Y cuando, con las piernas cruzadas, se sentó sobre el almohadón de cuero negro, en el centro

de la amplia alcatifa, el silencio de la gente, contenido en una respiración anhelante, se iluminó de repente con una vaga claridad de cielo.

Hasta la brisa, una leve brisa perfumada de frescura y de rosas, que venía de los oasis próximos, parecía aletear como una paloma sobre la blanca frente del narrador, en la paz serena y vaga de la hora fugitiva...

III

El narrador del desierto tenía profundos y rasgados los grandes ojos, encendidos y voraces como llamas.

En su fondo de fuego parecía arder, en un largo y deslumbrante martirio de púrpura, el alma milenaria y sangrienta de los más puros y lípidos rubíes del Oriente.

Las pupilas pensativas y tenaces de aquel que constantemente medita, a la luz expectante de las lámparas, en el silencio cargado de promesas y desbordante de augurios de la soledad, sobre la vacuidad de todas las pasiones humanas, asumen, con la lenta y prolongada fijeza de sus miradas, cálidos matices bermejos de misteriosas combustiones interiores...

Como el rocío bienhechor y purificante de las lágrimas no humedece jamás sus iris, su propia y persistente aridez se congela en pétreos tonos de púrpura.

El narrador del desierto vestía una amplia túnica de lino, blanca como la nieve inmaculada que corona de pureza las cumbres inaccesibles del Hebrón, que descendía hasta sus pies en largos pliegues verticales, sujeta por un rico y precioso cinturón de damasco rojo, donde las perlas, los berilos, los crisopacios y el oro bordaban, al fundirse en enlaces y engarces irreales, máximas y sentencias koránicas, en un milagro resplandeciente de paciencia y de fervor.

Un manto de seda azul, de ese azul fosco y brumoso que centellea sobre las crestas del oleaje cuando siente estremecerse sus entrañas a los primeros impulsos de la tempestad, flotaba sobre sus hombros hercúleos envolviendo en un prestigio celestial y marino las arrogancias de su busto y el misterio fascinante de su figura.

Una orla de esmeraldas daba fulguraciones de agua viva a la franja de terciopelo que le servía de fimbria.

La desnudez marmórea de sus pies exangües y finos, como si la sangre con la fatiga de los años y el cansancio de los largos caminos se hubiese ido apagando, se entreveía entre las ligaduras de la sutilísima piel que aseguraba a sus plantas las sandalias de cuero, teñidas de un rojo violento, como de sangre fresca.

Un turbante de gasa con ténues recamos de finísimos hilos de oro y plata, retorcido como una venda, envolvía su ancha y tersa frente, un poco abombada, como si estuviese grávida de los más grandes y generosos pensamientos.

Los cabellos copiosos y las luengas barbas pa-

triarcales, con sus mórbidas candideces de plenilunio, luchaban contra la áspera y firme angulosidad de su rostro, plasmado en el ministerio de la sombra más densa, de la tiniebla más dura.

Por fin sus labios se abrieron, como en el fervor de una plegaria, y habló así, a la muchedumbre que, ávida y curiosa, le rodeaba:

—«Gigante verdadero y poderoso solamente es aquel que se inviste de la fuerza indestructible e irrefrenable de su propia fe, y destroza sin temores su alma contra la amenaza misma. Así se convierte en rey de su propia conciencia, y es ungido con el óleo destilado de su propia voluntad.

Oíd, todos los que tenéis oídos y anhelos de saber, para purificarse y perfeccionarse por medio de la sabiduría, aquello que en largas horas de recogimiento y de soledad meditó sobre el famoso libro de los Reyes:

Era llegado el momento de elegir Rey de Israel.

Un día, la sabiduría, encarnada en la austera figura de Isaí Bethlehemita, habló a Samuel en esta forma:

—Samuel, Samuel, para la elección de nuestro Rey no debes fiarte ni de la belleza del rostro ni de lo elevado de la estatura.

El hombre sólo ve las apariencias, y la sabiduría escruta los corazones.

Has que tu elección sea digna de la grandeza del pueblo predilecto del Señor.

Henchido con el espíritu de la sabiduría su corazón, Samuel partió para Bethlehem, en la tribu de Judá, y llamando a su presencia a Isaí Abinadab, le escrutó en los ojos, y moviendo tristemen-

te la cabeza, lo apartó de su lado, diciéndole:

—No te puede elegir la Sabiduría para ceñir la corona de Israel.

Después se le presentó Isaí Samma, y Samuel de nuevo hundió la voracidad de sus miradas penetrantes de águila en las negras pupilas del bravo guerrero, y exclamó, con la voz un poco turbada:

—Tampoco a ti puede elegirte la Sabiduría.

Isaí Samma repuso:

—Ya que me crees indigno de ocupar el trono, ¿quieres escrutar los ojos de mis ocho hijos, a ver si alguno de ellos es digno de elección?...

Samuel condescendió, rogándole los fuera llevando a su presencia.

Isaí Samma le llevó siete, mas ninguno de ellos fué conceptuado por Samuel digno de subir al trono, a nombre de la Sabiduría.

Le dijo entonces al padre:

—¿Y tu otro hijo, por qué no lo has traído?...

El guerrero contestó:

—Es el más pequeño, y está en el monte, conduciendo los rebaños.

—¡Tráeme al pastor!—añadió imperativamente Samuel».

El narrador del desierto intercaló una pausa en su discurso y elevó sobre las gentes sus ojos, en cuyos iris resplandecientes ardía, a los últimos rayos de la luz, como un vívido incendio de rubíes.

La muchedumbre había ido aumentando en torno suyo, como si el encanto de sus palabras atrajese, para oírlas, hasta aquellos que vivían más allá de los desiertos y de las montañas nevadas del Hebrón.

Era todo un pueblo, ávido de la música consoladora que exhalaban sus labios.

Se veían mujeres con el ánfora llena de agua a la cabeza, cuyos perfiles evocaban la sombra patriarcal y gracil de la Rebeca bíblica; damas de arrogante porte, vestidas de sedas y de oro, envueltas en el misterio sutil y perfumado de sus velos de gasa, conducidas dentro de pequeñas literas de púrpura franjeadas de plata, por bellos y fuertes esclavos de la Libia... Hombres de majestuosos semblantes, con cimitarras de pomos de pedrería y grandes turbantes constelados de gemas como fastuosas tiaras; viejos venerables, arrastrando sus mantos listados y sus plantas exangües al arrimo de sus báculos; niños y niñas como pájaros estremecidos de alegría bajo la candidez flotante y ondulosa de sus túnicas blancas.

Llegaban en largas y fantásticas caravanas, de sus casas lejanas, de sus aduares remotos, de las más distantes ciudades y por los más largos y polvorientos caminos, con los corazones ávidos y los oídos ansiosos de escuchar las maravillosas historias del narrador del desierto.

El cielo era como un ruego ardiente, como un voto inflamado; y los palmares se sumergían en la luz roja, y sus reflejos cálidos se extendían sobre la gente como las palabras del narrador sobre las almas.

La voz, en el transcurso de la narración, se encendía con el mismo color del cielo.

El era el verdadero monarca de todo aquel pueblo, diverso en rangos, pero uno solo en la devoción, sugestionado bajo el dominio sonoro y maravilloso de su elocuencia.

IV

Continuó el narrador del desierto:

—«El pastorcillo, el más pequeño de los hijos de Isaí, el que pastaba sus rebaños a las faldas de las montañas del Líbano, fué conducido a la presencia de Samuel.

Era bello, como una humana flor, con la cabeza de un contorno estatuario aureolada de cabellos blondos, con los ojos fulgurantes de prodigios azules que hacían pensar en los lagos montaraces, bajo el encanto supremo del alba y en las profundas lejanías de los dilatados horizontes marinos. Su rostro tenía ese tono rosado y áureo de las pomas que destilan sus mieles en el recogimiento fragante de los huertos de Octubre.

Era ágil y fuerte como los mastines que vigilaban el sueño de sus rebaños, al arrimo de los retilles.

Una piel ruda de cordero envolvía el candor de su cuerpo adolescente, de amplio torax y finos miembros, que hacían pensar en la belleza tersa y rígida de sus arcos maravillosos que al curvarse siembran la muerte, y son como un vivo himno que canta la salvaje energía y el triunfo inmortal de la fuerza.

Era bello, ágil y manso como los corderos a quienes dejaba, en las horas del sesteo, bajo las sombras de los cedros, lamer sus largas y blancas

manos de lirio, dignas de sostener un cetro de oro orlado de diamantes, y como creadas a propósito para arrancar de las argentinas cuerdas de las arpas inmortales armonías.

Cuando Samuel vió aparecer al pastorcillo, no osó escrutarle los ojos, como a sus otros hermanos, sino que cayó de rodillas, para venerarle, como si estuviera delante de una aparición sobrehumana.

Sostenían por entonces una larga y empeñada guerra los israelitas contra sus vecinos los filisteos, y la sangre corría a torrentes por las fértiles llanuras de Donmim y por las feraces campiñas de Socho y Azoca.

En Israel reinaba Saul, cuya senilidad apagaba toda esperanza de dejar herederos que perpetuasen las glorias de su nombre.

Los filisteos eran mandados por Goliath de Geth, un guerrero espurio de tan gigantescas proporciones, que para sostener su casco de bronce y su lorica de escamas de plata se necesitaba el esfuerzo de seis hombres.

Una tarde, Goliath de Geth, armado de todas sus armas y agitando en el aire su lanza que descollaba por cima de la copa de los más altos árboles, se adelantó solo hacia las falanges israelitas, y desde un altozano, inmóvil, como la estatua de la guerra, empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones de cíclope:

—¿Por qué estáis preparados para la guerra, si ésta puede terminar fácilmente, volviendo a reinar entre los israelitas y los filisteos la paz amiga que reinó en otros tiempos?

Para ello basta con que se vierta solamente la sangre de un campeón, ahorrando tantas y tantas vidas como han de sucumbir en los próximos combates. Elegid uno de vuestros guerreros que pruebe conmigo su esfuerzo en un singular desafío.

Si él me vence, todos los filisteos serán siervos vuestros, y si yo lo venzo a él, vuestro pueblo será nuestro esclavo.

Yo desafío a todos los combatientes israelitas...
¡A ver si hay alguno que acepte mi reto!

Los israelitas y su Rey Saul oyeron en silencio las atronadoras palabras del gigante, y un temor profundo agitó todos los corazones. Las lanzas temblaron entre las manos convulsas de pánico, y el cetro del Rey Saul rodó por tierra.»

El narrador del desierto intercaló otra pausa en su discurso, y elevó sobre las gentes sus grandes ojos, donde ardían en un incendio de rubíes los últimos resplandores del crepúsculo. Entre la multitud, ansiosa de seguir escuchando, pasaba en aquella breve pausa como la sombra de una angustia infinita, obscureciendo las almas y dilatando las pupilas en una ansiedad fervorosa.

Mas en la pausa, el silencio fecundaba de insólitos bienes a las mentes atónitas.

Una ánfora se desprendió de los hombros de una doncella, rompiéndose en el suelo. Y al caer, la frescura del agua fué absorbida de improviso por la sed voraz de las arenas.

Un justo murmuró en voz baja, con los párpados cerrados, como para ver mejor en el fondo de su espíritu la claridad celeste que irradiaban sus palabras:

—Nosotros bebemos en el silencio las palabras de la meditación, como las arenas absorben esta agua. La piedad ha roto su ánfora para aplacar la sed angustiada de la tierra.

El cielo, en el progreso de la hora se encendía, se empurpuraba en un incendio maravilloso de corales y granates.. Y el largo y profuso crepúsculo de la Arabia era como un fervor de luz que ascendía, desde el barro mezquino de la tierra, hasta las azules e infinitas exaltitudes de los cielos, como las llamas de un holocausto que el corazón de los hombres elevaba a la misericordia divina...

V

El narrador del desierto prosiguió su historia:

—«También el pastorcillo que había entrado en el campamento custodiado por Samuel y seguido de una gran muchedumbre, oyó las insultantes palabras de Goliath.

Se paró de repente, y con las manos apoyadas sobre su cayado florido, con ramos de zarzas silvestres, exclamó, con la frente inclinada sobre el pecho:

—¿Qué premio le otorgaréis al que venza y destruya la arrogancia de este gigante filisteo, librando a Israel de la vergüenza de sus amenazas?

¿Quién es este atrevido filisteo, que tiene la

osadía de retar a los ejércitos que custodian el Arca santa de la Sabiduría?

Se quedó asombrada la muchedumbre israelita al escuchar tales palabras en labios de un adolescente, y algunos corrieron a referírselas al viejo Rey Saul.

Y Saul mandó que condujeran hasta su trono al pastorcillo de semblante rosado como las pomas de los huertos de Otoño, de los caballos blondos como la miel que destilan los panales de Bethsábeth y Je los ojos fulgurantes de prodigios azules.

Bellísimo estaba el hijo más pequeño de Isaj Samma, en su cándida sencillez. Parecía que de todos sus miembros fluía esa blancura casta y mística que se hace copa en los lirios.

El viejo rey Saul le habló. Y el pastorcillo, con las manos apoyadas sobre su cayado florido de zarzas silvestres y con la frente inclinada, le dijo:

—Ningún corazón debe estremecerse de espanto ante las amenazas del gigante. Yo, el más humilde de tus siervos, iré a combatir contra él, y con estas mis pequeñas manos limpias de toda impureza, sabré abatir su orgullo.

Saul le respondió, pálido como un muerto, desde la altura de su trono resplandeciente de oro y pedrería:

—No es posible que tú puedas combatir con ese filisteo, porque eres un niño y él un guerrero fortalecido en los combates desde su más tierna infancia.

El pastorcillo recordó entonces que el enviado de la Sabiduría, Samuel, se había postrado ante sus plantas para venerarle, y una onda de pala-

bras venida de lo más profundo de su alma se desbordó como una fuente divina, por la flor roja de sus labios, y ante el Rey empezó a decir la parábola:

—«Conducía ¡oh, Rey! este siervo tuyo los rebaños de su padre, a pastar en las fértiles laderas de las montañas y en la frondosidad húmeda y fragante de los valles, y el león vino, y el oso vino, queriendo, para saciar sus hambres, arrebatarle los más tiernos y rollizos corderos; y tu siervo les persiguió y les arrancó de entre las fauces sus presas.

Contra mí se revolieron para devorarme, y yo, con estas mis manos de adolescente, me aferré a sus gargantas, oprimiéndolas, hasta que la vida se escapó en un rugido de espanto.

Yo, el más humilde de tus siervos, he desquijarado leones y extrangulado osos contra mi pecho. ¿Cómo no he de saber abatir a tan orgulloso filisteo?»

El narrador del desierto volvió a detenerse y a elevar sobre las gentes sus grandes ojos donde ardía el alma de rubies del crepúsculo.

La tarde llameaba, en una apoteosis intensa de púrpuras maravillosas.

VI

Continuaba la narración:

—Cuando el viejo Rey Saul, desde su trono de oro y gemas, oyó las palabras de la verdad,

quiso revestir al pastorcillo con sus propias vestiduras y ceñirle también su espada y su escudo de plata y su loriga de escamas de bronce.

Mas el pastorcillo, cubierto con tales arreos se encontró tan embarazado, que apenas si podía moverse, pues ignoraba el uso de tales prendas guerreras, acostumbrado como estaba a la vida libre y salvaje del pastoreo, y a cubrir sus miembros sólo con pieles de cordero.

Viéndose imposibilitado por aquel férreo peso que habían arrojado sobre sus hombros, volvióse al rey y le dijo:

—Toda mi agilidad desaparece bajo el embarazo de estas prendas guerreras, cuyo uso me es desconocido.

Y despojándose de las armas y de las regias vestiduras, empuñó de nuevo su cayado, cogió del suelo cinco nítidas piedras, las cuales encerró dentro del zurrón de piel de cabra que pendía de sus hombros, y agitando en su diestra su honda de esparto, alegre y risueño corrió al encuentro del gigante.

Goliath de Geth, apenas vió al bello adolescente que corría a su encuentro, lanzó una sonora carcajada que hizo temblar en un choque rudo de acero y de bronce sus armas de combate, y dijo con un tono insultante de desprecio en la vibración irónica de su voz:

—¿Me has tomado por un perro cuando así vienes, ¡oh, mísero y desventurado pastorcillo! a amenazarme con tu cayado?...

Y le volvió despectivamente la espalda.

Mas como el menor de los hijos de Isaí Samma prosiguiese avanzando sin que le amedrentase su presencia, volvióse de nuevo hacia él, y añadió en son de sorna:

—Si das un paso más, inberbe y temerario mozalvete, te descuartizaré como si fueras un cabritillo, y ofreceré tu carne como pasto a las aves de rapiña y a las fieras de presa, para escarmiento de atrevidos...

Mas el pastorcillo, imperturbable, repuso con voz tranquila y semblante sereno:

—Tú me ultrajas defendido con el bronce de tu loriga, de tu casco y de tu escudo, armado de tu lanza y de tu espada, y yo te respondo en el nombre de la Sabiduría y en el nombre de los ejércitos que custodian el Arca Santa de la Sabiduría, a los cuales tú, hoy, has provocado injuriosamente.

En verdad te digo que la Sabiduría hará que mueras entre mis manos...

Cortaré, con tus mismas armas, tu cabeza orgullosa, para que sirva de trofeo a la gloria de mi pueblo, y dejaré tu cadáver y el de todos tus filisteos en estos valles que han visto tu osadía, para pasto a las aves de rapiña y a las fieras famélicas.»

El narrador del desierto volvió de nuevo a enmudecer, elevando sobre las gentes sus ojos de llamas donde resplandecían, en un largo y terco martirio de púrpura, los vivos ardores de todos los rubíes del crepúsculo.

Todos los semblantes revelaban una misma y crepitante ansia interior...

La multitud tenía una sola alma... Y sobre aquella alma desnuda, el largo y profuso crepúsculo de

la Arabia, desde el arco encendido de los cielos, disparaba infinitos dardos bermejos...

VII

La narración continuaba:

—«Cuando Goliath de Geth escuchó las últimas palabras del pastorcillo, le miró de hito en hito, y con una sonrisa cruel y burlona en sus gruesos labios sensuales, avanzó hacia él, dispuesto a castigar tanta insolencia.

Pero el pastorcillo, apenas se dió cuenta de ello, rápidamente sacó del zurrón de piel de cabra, que sujeto por una soga de esparto pendía de sus hombros, una de las cinco piedras que en su interior encerraba, y con celeridad cargó con ella su honda. Y con un gesto amplio y rápido de hondero, la agitó por cima de su rubia cabecita de adolescente, y en un fuerte embate, la piedra partió con la velocidad y la fuerza fulminante del rayo y fué a clavarse en mitad de la frente del gigante, en el sitio mortal donde los arcos de las cejas se unen en un leve trazo negro.

La frente dejó escapar un caño de sangre, y la gigantesca corpulencia del guerrero rodó por tierra, con los brazos abiertos en cruz y los labios espumajeados de rabia en los últimos estertores de la agonía.

Saltó el pastorcillo sobre el herido, y en medio del silencio y la estupefacción de ambos ejércitos,

arrancó la espada de las manos del moribundo, y con ella, de un tajo, le cercenó la cabeza.

Cogió, como un despojo leonino, de las ásperas greñas la testa sanguinante, y con ella regresó al campo de los israelitas, entre las aclamaciones de todos y el clamor triunfal de las largas trompas de guerra.

Depuso su trofeo ante las gradas del trono de Saul, y empuñando de nuevo su cayado pastoril, y liándose la honda a la cintura, así habló a la multitud atónita que le cercaba:

—Los pacíficos rediles donde balan los rebaños de mi padre me llaman de nuevo, y a ellos torna el pastor, con su cayado, su honda y su zurrón de piel de cabra, para custodiarles de nuevo y conducirlos a la claridad azulosa del alba, mientras las alondras desgranar en la altura sus collares de trémulos trinos de oro, a pastar a las umbrias, entre las altas hierbas consteladas de diamantes de rocío...

Bajo la diafanidad de la aurora detrás de sus corderos que balan y ramonean, entre las zarzas del camino, el humilde pastor entonará los más fervientes himnos en loor de la Suma Sabiduría.

Bajo la gloria del sol, mientras los rebaños seestean a la sombra de los árboles de las cañadas, al pie de alguna palmera cargada de frutos de oro, repetiré las mismas alabanzas sonoras.

Y bajo la clemencia suave y amparadora del crepúsculo, mientras, al son de sus esquilas tambaleantes regresan los corderos a sus rediles, los mismos cánticos en loor de la Suprema Sabiduría brotarán de mis labios.

«¡Samuel, Samuel, el elegido del Señor ha cum-

plido su voto y de nuevo regresa a cuidar los rebaños que su padre le ha confiado!»

Y con los ojos fulgurantes de prodigios azules, las mejillas encendidas y revuelta y encrespada su rubia melena de león joven, el menor de los ocho hijos de Isaf Samma perdióse corriendo a lo lejos del camino, sin hacer caso de las aclamaciones de la multitud que, frenética de entusiasmo, quería conducirle en triunfo sobre el escudo gigantesco de Goliath de Geth, el vencido campeón de los filisteos.»

El narrador del desierto se detuvo, y sus ojos, donde iban extinguiéndose lejanos incendios de rubíes, no se elevaron, como de costumbre, sobre las gentes que en un silencio de religiosidad y de fervor habían oído sus palabras.

Con voz de profunda severidad, murmuró lentamente, mientras las últimas brasas del crepúsculo se desvanecían en la paz pródiga y celeste de los altos cielos serenos:

«El verdadero y potente gigante es aquel que solamente se reviste de la fuerza intangible de su fe, y arroja con denuedo su alma contra la amenaza para abatir el orgulloso poderío de ésta.

Él se convierte en Rey de su propia conciencia y es ungido con el óleo santo destinado de lo más recóndito y puro de su voluntad.

Si no vemos nosotros mismos mejor, es para que podamos ver con los ojos de la Sabiduría.

Si no oímos mejor las voces exteriores, es para que podamos escuchar más nítidamente la voz íntima y eterna que habla a nuestros corazones en el silencio de la meditación.»

Y al terminar estas frases, el narrador del desierto volvió a alzar sobre la multitud, embriagada de fe por el raudal de su elocuencia, el fervor inflamado de sus pupilas, en cuyos iris cristalinos y graves fulguraba un místico sueño de remotos rubíes.

VIII

Llegaba ya su término a la historia; el narrador del desierto recobró fuerzas, y prosiguió con voz cálida:

—Divulgado el triunfo del pastor adolescente, de todas las ciudades del Reino de Israel acudían las gentes coronadas de mirtos y de rosas y vestidas de túnicas valiosas recamadas de oro, para celebrar la victoria, danzando en torno del Arca Santa.

Los más dulces cánticos perfumaban de alegría la frescura primaveral del aire.

Las rebecas, las harpas, los crótalos y las nubes, exhalaban, en divinos suspiros de armonía, sobre la tierra florida, el más sonoro alimento de los cielos, como si legiones de arcángeles pulsasen con sus dedos de fragilidad y de dulzura las argentinas cuerdas, celebrando la victoria del pueblo predilecto del Señor.

Millares y millares de labios frenéticos de júbilo dejaban escapar en los vientos perfumados de incienso, de nardo y de benjuí, la alegría ilimitada de sus entusiasmos.

—El viejo Rey Saul, con todos sus triunfos, sólo ha conseguido matar mil filisteos, y el joven pastor, el hijo postrero de Isaf Samma, con uno solo, ha conseguido destruir diez mil enemigos.

¡Alabemos el brazo poderoso e invencible del joven pastor...!

¡Digno es por su valor de ocupar el más alto trono de la tierra...!

¡Digna es su frente juvenil de la más espléndida diadema...!

¡Glorifiquemos su nombre, grabándolo con caracteres de diamantes en el Arca de la Alianza, porque nos ha salvado de rencor y de las furias de nuestros enemigos, sometiéndolos a nuestro poder, como siervos que testimonian su esfuerzo»...

Volvieron a cerrarse los labios elocuentes del narrador, y esta vez tampoco sus ojos fulgurantes de rubíes se alzaron sobre la multitud.

Con sus diáfanas manos que ostentaban en los anulares dos cercos de coral y de ámbar y que tenían las uñas limpias y tersas como madreperlas, se cubrió el rostro escuálido y pensativo, y un suspiro muy tenue y muy vago se escapó de sus labios.

Cuando el narrador del desierto levantó sus diáfanas manos de su rostro plasmado en sombra, sus labios volvieron a abrirse a la palabra, y así continuó:

—«El viejo Rey Saul envidiaba la gloria de aquel pastorcillo imberbe, que se había hecho el dueño absoluto del corazón de su pueblo, y cuyo nombre era pronunciado por todos en un coro general de loores y alabanzas.

Hasta su propio hijo Jonatás, el futuro heredero de su poderío, sentía por el vencedor de Goliath de Geth un afecto lleno de la más sincera admiración, que no en balde el adolescente protegido de Samuel estaba signado también por el halo resplandeciente de la Sabiduría.

Y el anciano monarca sentía, a cada momento, morder su corazón podrido de senilidad y de impotencia, los dientes voraces del rencor y de la envidia, esas víboras repugnantes y ponzoñosas que brotan siempre en los inmundos lozadales del odio.

Y por sus ojos velados por la edad pasó la sombra sangrienta del crimen, y una noche mandó a sus más fieles emisarios al lugar donde pastaban los rebaños del hijo menor de Isaí Samma, con objeto de que lo prendiesen y decapitasen en secreto.

Pero uno de los mismos que debían realizar sus siniestros designios, se los reveló al mismo Samuel y a algunos ancianos, y estas noticias pusieron en conmoción a todo el pueblo, que se alzó en armas contra el envidioso y decrepito tirano.

¡Así el juicio recto y severo del Señor vuelve contra los malvados sus propias armas, y los abate y fulmina con el mismo rayo que ellos encendieron en las sombras!»

Las palabras se fueron borrando, como desvanecidas en el silencio crepuscular...

Todos los oyentes inclinaron devotamente las frentes a la santa evocación de la justicia divina, y los extertores sangrientos del ocaso se dilataron en un fervor de encendidos rubíes, en la profundidad de todas las pupilas.

IX

—...Un día, mientras el pastorcillo sesteaba a la sombra de un bosque de olivas, llegó en su busca un adolescente, cubiertos de polvo los cabellos y desgarradas las vestiduras... Sus pies sangraban como si hubiesen recorrido largos y espinosos senderos.

Se arrodilló en señal de veneración a las plantas del pastor, e inclinándose respetuosamente hasta rozar la tierra, exclamó, con el aliento aún jadeante de fatiga:

—¡El Señor te bendiga!...

—¿De dónde vienes?...

—Vengo escapado del campamento de los israelitas.

—¿Qué sucede? Habla...

—El pueblo ha abandonado el campamento; los filisteos han caído sobre él, pasando a cuchillo a todos los que quedaban. Hay montones de muertos, y entre ellos el Rey Saul y su hijo Jonatás.

—¿Y cómo sabes tú que ellos también han muerto?

El adolescente, con la faz pegada a la tierra, prosiguió, aún más jadeante:

—Fugitivo cruzaba el monte Gelboe, y caído sobre su escudo contemplé, sangrando por varias heridas, al Rey Saul.

Caballos y carros y soldados le perseguían...

El anciano, al verme pasar, hizo un esfuerzo, se alzó un poco, apoyándose en un codo, y con voz desfalleciente, me dijo:

—¿Quién eres tú?..

—Soy un amalecita—le dije, inclinándome para ayudarle.

El rechazó mi auxilio, y con la voz desgarrada por el dolor me pidió por todo cuanto hay de más sagrado en la tierra, que le rematase, porque su débil cuerpo no podía resistir los inmensos y múltiples dolores que lo dislaceraban, y ya su alma triste contemplaba con infernal espanto los extertores de su cuerpo aún vivo..

—Y tú ¿qué hiciste?—exclamó con profunda ansiedad el pastorcillo.

—Le obedecí, porque sabía que no podría sobrevivir a su ruina.

Cogí la corona que aún ceñía su cabeza, la coraza que aún resguardaba su pecho y el cetro de oro que aún empuñaba su mano y aquí te los traje, a tí, el elegido de la Sabiduría, mi Señor en la tierra...

—Mas, ¿de qué país eres tú, que no has temido manchar tus manos con la sangre de un Rey?..

—Soy hijo de extranjeros: soy amalecita.

—Sufrirás tu castigo—añadió con voz terriblemente severa y como extraña a aquellos labios juveniles, el pastorcillo vencedor de «Goliath de Geht».

El narrador del desierto interrumpió de nuevo su relato, y sus ojos se elevaron sobre la multitud, cada vez más sugestionada por el encanto sutil y maravilloso de su elocuencia.

En el gran arco del cielo parecía extinguirse el incendio vespéral. Mas en las pupilas del narrador del desierto brillaba aún más vorazmente el resplandor sangriento y fervoroso de los rubies...

X

«El pastorcillo, hijo menor de Isaí Samma, nacido en la ciudad de Bethlehem, en la tribu de Judá, fué Rey de Israel, y Rey justo y sabio, porque la Sabiduría estaba aposentada, como en un alcázar maravilloso, en lo más profundo de su alma.

Una sola vez pecó, porque todos los reyes pecan; mas fué tan grande su arrepentimiento, lloró y gimió tanto, que ningún rey en la tierra se ha condolido y ha purgado con tanta sinceridad su culpa.

Reconoció públicamente su error, como no acostumbran aquellos que dictan las leyes, los cuales en su soberbia se creen infalibles.

Fué Rey de Israel, mas fué al mismo tiempo Rey de sí mismo.

En su frente amplia y pensadora, como si encerrase en su interior un mundo, nuestra Sabiduría es una corona de inmortalidad.

Recordad eternamente al pastorcillo David, el hijo menor de Isaí Samma, nacido en Bethlehem, en la tribu de Judá, y el más grande, el más justo y el más sabio de todos los reyes de la tierra.»

Y el narrador del desierto al terminar estas pa-

labras dejó la alcatifa, alzándose solemnemente a la luz crepuscular.

Un murmullo corrió entre todas las gentes que, en silencio, le habían escuchado, con la misma religiosidad con que se oye un oráculo.

Él volvió a contemplar a las gentes con sus grandes ojos profundos, donde centelleaban los últimos rubíes del crepúsculo...

Después sacó de entre los pliegues de su manto un libro encuadernado en piel de camello, y antes de leer, extendiendo gravemente sus brazos, como en una bendición, sobre las cabezas de la muchedumbre, dijo con voz sonora y lenta, como los acordes de un harpa hebrea.

—En las prodigiosas narraciones de vuestra Scherezada se dice cómo el Emir Moussa y el *cheif* Abdossamad con sus compañeros penetraron en una alta cámara de aquel edificio fabuloso, sostenido por cuatro órdenes de columnas de oro, de más de cuatro mil pasos de circunferencia.

Y dentro de aquella maravillosa cámara admiraron una mesa colosal de madera de sándalo, prodigiosamente trabajada, sobre la cual había, esculpidas en relieve, las palabras que voy a leeros y que vosotros repetiréis después a todos los reyes de la tierra que no sean al mismo tiempo reyes de sí mismos.»

Y el narrador del desierto, en la luz que agonizaba, leyó estas palabras de la leyenda de Scherezada para que fueran repetidas a aquellos que no saben ser reyes de sí mismos:

«Una vez, a esta mesa, se sentaron miles de reyes, unos de ojos ciegos y otros de ojos espléndi-

dos. Ahora, todos en la tumba, sufren la misma ceguera.»

El narrador del desierto cerró el libro.

La gente, aún más ansiosa de oír, pedía nuevas narraciones... Mas el cielo se había ya hecho azul, como debieron ser los ojos del pastorcillo ungido Rey de Israel. La primera estrella apareció con vivos temblores de plata.

El narrador del desierto se entró en su tienda, dejando caer tras él las cortinas de la entrada..

El aire parecía invadido del perfume de sus palabras, cálidas como el aliento del *simoun* que agita y devasta todo cuanto encuentra a su paso.



LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

I

La luna se elevó majestuosa, semejante a un escudo de plata enrojecida, sobre las lejanas colinas cubiertas de cipreses, y en la cúpula del firmamento fueron adquiriendo relieves precisos y nítidos contornos metálicos, algunos cirrus, esparcidos y dispersos, como frágiles vellones de humo blanco en la indolencia serena y suave del azul profundo y cristalino de los diáfanos cielos de Oriente.

La marmórea terraza, perfumada por el aliento tibio y húmedo, casi humano, de los últimos rosales, resplandeció de súbito, en una fúlgida alborada de plata y nieve, bajo la fantasmagoría de aquella pálida luz del plenilunio, que al filtrarse entre los encajes y los alicatados de los arcos, parecía descender, trémula de emoción, con una suavidad religiosa, a través de mórbidos velarios de misterio.

Las rosas fueron adquiriendo vivas tonalidades de rojos terciopelos, y semejaban, bajo el encanto melancólico del luar, extrañas copas desbordantes de sangre.

Las pálidas campanillas, cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaron los poetas:

«álitos de Luna en flor», se abrieron estremecidas, a la místicas evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de nacaradas madreperlas.

La noche entera tenía, en el recogimiento de las frondas y en el silencio marmóreo de los patios del Alcázar, una poesía grave y profunda, de fascinaciones inauditas.

El Califa Al-Motadid exploró ansiosamente desde la florida terraza la vasta y cóncava serenidad de los cielos estrellados.

Una insólita tristeza milenaria se agudizaba en sus grandes ojos taciturnos, dándole a la voracidad de su mirada, inexcrutable como un abismo sin fondo y devoradora como el incendio de un volcán, todos los múltiples y acerados reflejos de esas bellas y finas armas que los espaderos de Damasco cincelan, bruñen y esmaltan como las joyas más dignas de fulgurar en el esquelético seno de la Muerte.

Se decía que en la impenetrabilidad de aquellas miradas, Dios había encerrado uno de sus más grandes e irrevelables misterios.

Los campesinos afirmaban, temblando de pavor, que bajo su influjo las tierras más fértiles se tornaban estériles, y los árboles más frondosos se secaban, hasta en sus más ocultas raíces, como bajo la fulminación sulfúrica y tempestuosa del rayo.

Algunos astrólogos aseguraban que ante el brillo sobrehumano de aquellos ojos, la madre Noche había engendrado en sus entrañas de sombra dos nuevas y lejanas estrellas.

Era punto de fe en todos sus dominios que el Califa Al-Motadid veía aún con las pupilas cerradas, y que sus párpados, por el largo ejercicio de aquella mirada, habían adquirido una transparencia de gasa.

El Califa conocía el mágico poder de sus ojos, el dominio que tenían sobre todas las cosas y la sugestión y hasta la servidumbre a que obligaban a todos aquellos que se atrevían a contemplarlos.

Y para que en toda hora y en todo tiempo resaltase imperiosamente su deslumbrante fulgor, había abolido por completo de sus regias vestiduras los colores vivaces, los ornamentos de seda, las franjas de plata y los flecos de oro.

Un amplio albornoz de un negro fosco y duro envolvía majestuosamente su grácil y esbelta figura, como un manto de eternidad y de sombra.

Su cuerpo, así envuelto, asumía un no sé qué de inmaterial, de casi impalpable...

Parecía una sombra emigrada de un fabuloso reino de ilusiones y de ensueños, para subyugar a los hombres con la luz extraña y sugestiva, dominadora y fascinante de sus grandes ojos crueles.

El sabio Yusef ben Moawia, aquel que por su gran elocuencia era llamado por los doctos del Yrak *el perenne manantial de oro*, llegó desde la obscuridad de su retiro lejano a la Corte del Califa, con objeto de visitarle.

Conocedor de la obsesionadora influencia de los ojos de Al-Motadid, quiso presentarse a su vista en una mañana en que la suavidad del alba diluía en el cielo su plata más clara y su azul más puro

El sabio, después de largas horas de meditación había pensado al partir:

«Los prodigiosos ojos dominadores no podrán lucir con toda su intensidad bajo la deslumbrante claridad del cielo.»

Mas apenas llegó a la presencia del Califa, no tuvo más remedio que inclinar agobiado la frente y comprimir los párpados con sus manos, con aquellas manos rugosas y amarillas como los viejos pergaminos sobre los que tantas veces había visto azulear la luz de la aurora, en sus largas vigiliass de estudios y meditaciones.

Mas los amplios y claros cielos del alba no tenían poder ninguno sobre los ojos del Califa, porque éste, para recibir con todo honor al sabio, había querido darle audiencia en el maravilloso salón llamado «El milagro de los ojos», una vasta sala recamada de sedas negras, con el trono de mórbidos terciopelos del mismo color.

Al-Motadid, envuelto majestuosamente en el amplio albornoz de velos oscuros, que adensaba en sus pliegues toda la fosca tristeza de la sombra, dilatando sus bárbaros ojos, en una expresión de dominio, dijo a Yusef ben Moawia:

—Aquí me tienes ya, en mi propia luz, ¡oh, docto entre los doctos!... ¡Habla!...

—¡Deja que me sustraiga antes del poder de tus ojos, y hablaré!...—repuso con voz grave y sentenciosa, en la cual se insinuaba ya un estremecimiento de terror, el sabio del Irak.

Y el Califa repuso lentamente, dando a sus palabras agudezas de estilete, y agrandando más el dominio negro y centelleante de sus pupilas:

—Tú debes sentir ya, hasta en lo más profundo de tu alma, el fuego devorador de mis ojos. Mi mirada quema toda tu sabiduría. Tu pobre y miserable ciencia no puede ni sabe penetrar en el misterio de mis pupilas...

—¡Oh, Al-Motadid, Emir de todas las luces, hoy mi sabiduría se ha consumido ante tus ojos, y sólo de ella quedan pavesas!... Tu fuego la ha abrasado, y tu aliento la dispersa como el viento del desierto barre las últimas cenizas de las fogatas de las caravanas.

El Califa se sonrió con una sonrisa enigmática, que hizo más profunda la noche de sus ojos y más aguda la fulguración de su mirada:

—Podrás reencenderla, recuperar toda tu ciencia, si eres capaz de contemplarme cara a cara, durante tres segundos, sin cerrar los párpados...

Hubo un silencio ahogado por la ansiedad y la angustia, después que en las altas y espaciosas del extraño y misterioso salón, se extinguieron burlescamente, los pausados ecos de las últimas palabras del Califa.

Sólo se oyeron, como signos de vida, como únicos latidos de esperanza, en el anonadamiento infinito y pétreo de aquel instante decisivo, los aleteos medrosos de pájaro prisionero del corazón del sabio, al agitar las pesadas y fastuosas sedas de sus ropajes, y el gotear fugitivo y monótono de alguna vieja clepsidra, donde el cansancio inmemorial del Tiempo desgranaba, una a una, con avaricia de perezoso, las perlas fugaces y trémulas de sus eternos collares de llanto.

Dos esclavos etiopes mudos y negros como la

misma sombra, dierou escolta al sabio hasta el patio exterior del maravilloso Alcazar, bajo cuyos cipreses se amontonaba una abigarrada muchedumbre, venida de los cuatro confines de la tierra, para ofrecer sus dones al muy alto y poderoso Emir de los creyentes, el Califa Al-Motadid, gloria del Islam y espada de la justicia..

Y aquella mañana, el sabio Yusef ben Moawia, llamado por su elocuencia y su sabiduría, entre los doctos más famosos del Irak, «el perenne manantial de oro», salió inmémore del salón del trono, y no recordó en toda su vida más que el fulgor malvado y deslumbrante de aquellos ojos infinitos de crueldad y de malicia.

II

El poeta Abdemelik el Coraichita, glorioso en todo el Oriente, por sus estrofas venenosas de olvido como las flores del loto, tiernas y suaves como el pálido azul del asfodelo y ricas de imágenes como las túnicas de los ídolos, había exaltado en largos versos, movibles y frescos como la hierba de las praderas, la maravillosa belleza y el mágico poder de los ojos del Califa.

El poeta había apenas entrevisto aquellos ojos, en una ceremonia cortesana, a través de una larga fila de soldados etiopes armados de lanzas de oro y escudos de plata.

Las estrofas en su loor quiso que fuesen reca-

madras con seda turquí y perlas, sobre un cojín de raso negro, por las manos patricias de una mulsumana, célebre en Bagdad, por haber bordado sobre un velo, más sutil y frágil que las alas de las libélulas, los más bellos versículos de las suras koránicas.

Mas después que el cojín, perfumado por los más raros y embriagantes aromas del Arabia, y encerrado en una rica caja de sándalo, fué llevado a la presencia del Califa, y éste, con voz clara y sonora, casi metálica, leyó, ante el fasto de la Corte, las rítmicas y brillantes estrofas en alabanza de sus ojos y admiró lo maravilloso del bordado, desde aquel momento, el poeta Abdemelik el Co-raichita, el más famoso de Oriente, no supo encontrar rimas para sus kasidas ni imágenes ni ritmos para sus gacelas, y las manos patricias de la célebre bordadora de Bagdad perdieron sus virtudes milagrosas y jamás consiguieron enhebrar una aguja.

Los fatales ojos de Al-Motadid habían consumido en su hoguera interior todas sus aptitudes, dejándoles inmémores para el arte.

También el músico Aliatar, que había sabido extraer de miles instrumentos sonoros océanos de melodías, que hacían naufragar el ánimo de los oyentes en abismos de las más insólitas dulzuras; también el músico Aliatar, que había maravillado todo el Oriente con el encanto de su guzla, entonando en alabanza del Señor canciones tan sinceramente religiosas que hacían presentir a los corazones las sobrehumanas alegrías del Paraíso, no pudo arrancar una sola nota a las cuerdas me-

lódicas, después de haber elogiado con musical fervor los ojos del Califa.

Había compuesto una suprema página de ternura y de delirio, en la cual las notas vibraban, oscilaban y gemían como las florestas agitadas por el huracán.

Cuando las guzlas, en las noches sin luna tañidas por ágiles dedos expertos, propagaban, en el divino silencio ébrio de aromas y cálido por la respiración vegetal de las plantas, la armonía subyugante de aquel elogio, las cadencias se fundían en el aire, se encendían con la fosforencia de aquellos ojos y se alejaban por el espacio ilimitado, perdiéndose en la obscuridad de la sombra, como miriadas de luciérnagas.

El Califa Al-Motadid no oía las notas, mas las veía llegar en la sombra, absorbiéndolas con el fulgor de sus ojos.

El músico, después de aquella página, vió de repente encanecer su juventud, esterilizarse su corazón para todos los afectos y extinguirse en su alma todas las pasiones.

Se hizo taciturno, solitario, ávido solamente de arrastrar sus largos cabellos blancos en los frescos silencios de las cavernas, en las plácidas soledades de los ríos o entre las umbrosas melancolías de los boques, donde a su presencia hasta los ruisseños enmudecían y las mismas serpientes se ocultaban despavoridas entre los ásperos matorrales.

En vano, en la soledad polvorienta de los rincones de su tienda, las cuerdas de las guzlas esperaron para encantar a la noche con su armonía

suave y temblorosa, las ágiles y expertas caricias de sus manos; de aquellas pobres manos que hoy eran sólo como secas raíces y como inútiles despojos de un rosal florecido, agostado y muerto en plena primavera.

III

Fátima, la hija predilecta de Abdemelik, el más famoso guerrero de la corte del Califa, era de tan sobrehumana belleza, que de ella se contaba, que como un día de sopor se quedase dormida en el encanto fragante y umbrío de un kiosko de su jardín, un paje que por allí pasaba, viendo, por vez primera, su hermoso semblante libre de la prisión del velo que constantemente le encubría, se quedó admirado, inmóvil, sin atreverse a respirar, y después de contemplarla largo rato en un silencio religioso, huyó como un loco, y púsose a gritar frenético en los patios de alcázar de su señor:

—¡Bendecido y alabado sea el nombre santo y puro de Alhá!

Su Omnipotencia protege a nuestro señor, el glorioso Abdemelik, terror de los infieles y martillo infatigable de los paganos.

Los jardines de Abdemelik son los jardines del Paraíso, que el Profeta prometió a los verdaderos creyentes, pues en ellos descenden a reposar las huríes...

Mis ojos han visto una, la más bella de todas dormida en un banco, en el kiosko de los cipreses.

Su rostro era blanco y bello como la luna llena cuando aparece en las cimas nevadas del Líbano.

Su aliento embriaga como el olor de los nardos, y sus cabellos son negros como las alas fabulosas del roc.»

Cien poetas habían loado su nombre.

Y todas las noches, bajo la serenidad azul y plata de los altos cielos de Oriente, en la soledad fragante a rosas y jazmines de su calleja, las guzlas desfallecían de amor al pie de sus celosías, mientras los surtidores y los arrayanes de los huertos perfumaban el silencio de un amargo y fresco anhelo de imposibles amores.

De lejanos países llegaron los más gloriosos emires y los más ricos mercaderes a poner a sus plantas las más fuertes y victoriosas cimitarras y los más ricos y fabulosos tesoros, por obtener siquiera una sonrisa de sus labios o una mirada compasiva de sus ojos, donde se abrían, entre un negror de tinieblas, las más divinas claridades de los cielos.

Y todos tornaron de nuevo a sus países sin la esperanza de su amor, pero con la soberbia alegría de haber dado a sus pobres ojos mortales, siquiera fuese por un momento solo, el supremo placer de haber reflejado, en su fondo, como en un espejo encantado, la más bella y milagrosa creación que Dios había arrojado sobre la tierra.

Y muchos jóvenes guerreros, heridos por sus desdenes y buscando un olvido para su amor, ha-

bían volado, en sus potros, a buscar la muerte en los combates, y su nombre fué la única oración que se escapó de los labios, al caer, atravesados por una laza o malheridos por un venablo enemigo, en sus algaradas a las fronteras de los cristianos.

En su honor, el poeta Ayub el-Medini, había compuesto esta kasida, que aun recitan los beduinos, a la puerta de sus tiendas, mientras los camellos dormitan al amparo de las empalizadas, y los perros, vigilantes, enseñan a la luna los acerados reflejos de sus carlanca y el blancor lívido y agresivo de sus dientes feroces:

—«¡Noble alazán! Tus cascos hieren el duro suelo;
tus piernas se estremecen. Con las cerviz erguida
relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,
ansiado que mis manos te abandonen la brida,
para tender al viento de la Noche, tu largo
cuello, en el rauda empuje del galopar experto,
entre nubes de polvo, vibrante como un dardo,
barriendo con tus crines la arena del desierto...
El oro de la Luna corona el alto monte...
¡Que humeante devore tu nariz dilatada
las horas y el espacio, y vuele el horizonte
bajo las tempestades de tu planta ferrada!
Lejos, muy lejos queda su aduar. Acallando
con su voz el furioso gruñir de los mastines,
de pie, sobre un vallado, mi amada está espiondo
tu humeante silueta por los anchos confines!
Postrados de rodillas los camellos dormitan,
los rebaños se agrupan en los viejos corrales,
sus troncos se contraen y sus flacos tiritan
cuando rugen leones o aullan los chacaes.
Los nobles toros braman, amparando en sus ancas

a las vacas enfermas y a los novillos tiernos,
mientras rasgando nimbos de claridades blancas,
elevan a la Luna su círculo de cuernos.
Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte;
se encurva cauetosa la sombra de la flera..
Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,
y en todo flota el trágico silencio de la espera...
¡Vuela alazán!... Devora las arenas, que antes
que se ponga la Luna tras los montes lejanos,
la amada nos aguarda... ¡Tus flancos jadeantes
premiará con las dulces caricias de sus manos!
¡Cruza como una flecha los áridos confines
devorando las horas en tu galope experto,
que te espera su mano, para adornar tus crines
con ramos de las flores más bellas del Desierto! »

Pero Fátima permanecía insensible a todas las mágicas seducciones del amor, y las músicas en el misterio constelado de la noche con los últimos rayos de la Luna; y las poesías se deshojaban en el silencio de los jardines con los postreros cálices de las flores; y las joyas y las preseas se amontonaban como inútiles trofeos, en las suntuosas alcatifas de sus camarines.

Su corazón era como un cubil donde el león del tedio bostezaba de artura.

En vano sus esclavas, sobre las pieles más costosas de la India, danzaban esas danzas maravillosas que aprendieron de las sagradas bayaderas, en las frondosas márgenes del Ganges, bajo el encanto de oro y jaspe de los altos y calados pórticos de pagodas de ensueño.

En vano el incienso, la mirra y el benjuí se deshacían en azuladas y fragantes espirales de ener-

vantes aromas, en los pebeteros de plata cubiertos de piedras preciosas.

Nada vencía su indiferencia desdeñosa ni hacía asomar la sonrisa a sus labios.

Solamente, cuando reclinada sobre los blandos almohadones de plumas de cisne forrados de damasco y adornados de piedras preciosas, contemplaba en el fondo nítido y resplandeciente de un espejo de plata que sostenía una sierva, arrodillada a sus plantas, el encanto pleno de juventud y de gracia de su propia belleza, sonreía como extasiada, mientras sus esclavas tañían las arpas y los laúdes, las cítaras y las nubelias, y del techo, abovedado y resplandeciente de estrellas de oro, como los cielos de la Arabia, llovían las más raras esencias y los pétalos más suaves y frescos de las flores más fragantes.

Un día, la fama de su hermosura llegó a oídos del Califa Al-Motadid, el cual, impresionado por lo que todo el mundo proclamaba como un verdadero prodigio, mandó llamar al padre de la doncella, y le dijo, con un leve dejo de ironía en su voz:

—¡Me han dicho, mi noble deudo Abdemelik, que tu hija Fátima supera en hermosura a las mismas huríes del Paraíso!

En mi harén las mujeres son ya para mis ojos como cosas sin alma y sin vida...

Necesito una flor fresca y viva que vuelva a encender la sangre en mis venas apagadas y reanime los últimos rescoldos de esta juventud que se marchita...

Tráeme mañana mismo a tu hija, y yo te recom-

pensaré, en cambio, con la mejor ciudad de mis dominios, el cargo más honroso de mi Corte y el potro más ligero de mis caballerizas.

Abdemelik inclinó la frente hasta tocar el suelo, y así postrado, murmuró:

—¡Cúmplase en todo tu soberana voluntad, noble Emir de los creyentes!...

Y haciendo respetuosas zalemas, salió del regio salón del Alcazar sin volver la espalda al Califa.

A la mañana siguiente Fátima, resplandeciente de belleza, se presentó ante Al-Motadid, engalanada con todas sus joyas, como una diosa que desciende de su tabernáculo.

Mas apenas sus ojos se encontraron con las pupilas fatales, sintió arder su corazón como si le devorase una boca de llamas.

Y desde entonces Fátima, la belleza insensible y fría a todas las seducciones del amor, se fué disipando, consumiéndose, en un frenesí loco de amor, bajo la mirada penetrante y cruel de aquellos ojos fatales.

Y su belleza se ajó, se deshizo en una vejez prematura y en una palidez de enferma...

De sus dedos y de sus brazos se caían por sí mismos los anillos y los brazaletes...

Y un día, al contemplarse, después de mucho tiempo, en su espejo de plata, se encontró tan variada, tan otra, que se deshizo en lágrimas y cayó desmayada en brazos de sus esclavas.

Y así murió, bajo el fúnebre influjo de las pupilas malditas, la más bella de las mujeres del Oriente, aquella que todos los hombres reputaban como la más hermosa hurí del Paraíso.

VI

El reino entero parecía sentir el maléfico influjo de los ojos del Califa, como si la maldición de los cielos hubiese caído sobre todos sus dominios, devastándolos.

Los pobres labradores desuncian sus yuntas y abandonaban sus tierras, porque se habían tornado estériles a la roturación fecunda y generosa del arado.

En vano, en un amplio gesto patriarcal de sembradores habían derramado a manos llenas las simientes vivas sobre los surcos recién abiertos, húmedos aún con el sudor de su esfuerzo desesperado.

Las simientes se perdían sin dar siquiera la esperanza de una cosecha futura, como si las hubiesen arrojado sobre la dureza inhumana de los desnudos roquedos.

Y las hoces se enmohecían como armas inútiles en los rincones de sus cabañas, esperando en vano la hora cálida y alegre de la siega.

Los olivos y los granados, los naranjos y las higueras se secaban en las laderas de los huertos y en los verdes pomares, sin dar fruto, como plantas malditas.

Las puertas de los molinos estaban cerradas, y en vano el agua rumorosa y espejeante en los floridos cauces de las acequias entonaba, bajo las ala-

medas y los mimbrales, su clara y fresca canción, donde había nostalgias de harina blanca y saudades de plácidos idilos molineros.

El hambre había asomado su faz amarillenta y demacrada, aun entre el bullicio y la algazara de las ciudades más populosas, y los morales no daban hojas para alimentar a los gusanos de la seda, y los telares permanecían silenciosos y las forjas apagadas.

Las caravanas que iban al Oriente esparcieron por las más apartadas regiones del reino las infaustas nuevas y el poder destructor e infernal de las pupilas malditas.

Los solitarios, en la hosquedad silenciosa de sus retiros, postrados en el suelo, con los ojos y los brazos tendidos hacia la Kaaba, impetraron del Cielo piedad y remedio para tantos y tantos males como abatían a los buenos creyentes del Islam.

Pero el Cielo permanecía sordo a los votos humanos.

En todos los ámbitos del Califato se hablaba diariamente de la negra fatalidad que pesaba sobre todo.

En voz baja, casi al oído, en las ciudades, por temor a la delación de algún espía.

Los beduinos se reunían a la hora del crepúsculo y en las noches de luna en las puertas de sus tiendas, y en vez de las antiguas kasidas de sus poetas, resonaba ahora la lamentación apagada y quejumbrosa de los males que diezaban sus rebaños y esterilizaban las feraces y pródigas entrañas de sus oasis.

¿Quién encontraría un camino de salvación para tantos y tantos contratiempos?

¿Habría manera de acabar con aquel poder oculto y tenebroso que se había adueñado de las negras pupilas del Califa Al-Motadid, proyectando sobre la tierra la sombra devastadora de su maléfico influjo?...

Se consultaron a los más sabios astrólogos... Pero las estrellas permanecían mudas y los horóscopos se perdieron en las más vagas y contradictorias conjeturas.

Algunos afirmaban que el espíritu del Mal, el demonio sanguinario y cruel de las antiguas y feroces teogonías politeístas, se había refugiado en el misterio de aquellos ojos como una fiera monstruosa, que al sentirse malherida, se refugia en la profundidad de una caverna.

Otros, por el contrario, aseguraban que era el Arcángel de las venganzas, el de espada de fuego y túnica de llamas, el que vivía dentro de aquellas pupilas para castigar la impiedad de los hombres, y que hasta el día en que no quedase un réprobo no dejaría su asilo fatal.

Algunos confiaban en la ciencia oculta de los nigromantes judíos o en el poder milagroso de los fakires, que se alimentan de raíces, en las remotas regiones de la India.

Y los pueblos, prestos siempre en su inocencia a dar oído y crédito a las cosas sobrenaturales, mandaron comisionados al interior del país, donde viven aún los nigromantes judíos, y a las riberas del Ganges donde habitan los fakires. Pero los comisionados, después de no pocos trabajos y vicisitu-

des en sus largas peregrinaciones, tornaron a sus ciudades y a sus tribus sin que los nigromantes ni los fakires hubiesen pronunciado ninguna palabra de salvación.

V

El cheij Almanzur ben Abdalha era venerado en todo el reino por la rectitud inflexible de su conciencia y por la piedad inmensa de su alma, abierta siempre a la esperanza y al consuelo.

Su nombre se repetía de tribu en tribu, de aduar en aduar, con respetuoso fervor, entre loas de entusiasmo y homenajes de admiración.

—Es el espejo donde deben mirarse los verdaderos creyentes.

—¡La Verdad habla solamente por sus labios, puros de toda irreverencia!

—¡Es el único que conserva en su corazón la pureza y la fe de las antiguas costumbres!...

Su tienda se alzaba, a la sombra de los tamarindos del más fértil oasis de los desiertos del Irak, allí donde se cruzan los caminos de las caravanas que van a Damasco y de las que vienen de las tierras cenagosas y pródigas del Egipto.]

Todos acudían a ella como a un templo a buscar alivio para sus males y un bálsamo de resignación para las iniquidades de la vida.

—Dios no pudo haber encerrado en los ojos del Califa 1-Motadid ningún misterio irrevelable.

Revelado ha sido el misterio de aquellos ojos, y, roto el secreto, sólo se ha hallado las huellas del espíritu del Mal.

Dios no quiere ni puede desear el mal para el pueblo que le adora, sino que derrama sobre él, a manos llenas, todos los bienes de su magnificencia y de su gracia.

Su divino poder manda la lluvia cuando la tierra se muere de esteridad y de sed; envía el rocío para que los cálices se entreabran y las hojas tiernas adquieran fortaleza; ha colocado la Luna como una lámpara maravillosa para que los viajeros extraviados en los laberintos de un bosque encuentren la ruta perdida.

Todo en beneficio de los míseros mortales que, besando la tierra, acatan y bendicen su nombre.

Los ojos del Califa son la maldición y el exterminio.

Desde el fondo sombrío de aquellas pupilas, algún espíritu satánico se venga de la bondad y del bien, sin que nosotros podamos imaginarlo siquiera.

Así había hablado con extremada contricción el viejo Almanzur, bajo el lino de una tienda, cercado de algunos embalsamadores recién llegados de las fértiles tierras de Egipto, y de un noble mercader nómada que regresaba a su tribu desde el Adramud, con los camellos cargados con los más fabulosos y raros tesoros de la tierra.

Dijo el mercader con voz suave y perezosa, como si dejase escapar las palabras en un resbalar de seda entre la púrpura abultada de sus labios:

—Almanzur, si tu consejo liberta a nuestra tie-

rra de aquellos ojos inícuos, yo te regalaré los más preciosos dones del Oriente... Un pequeño ídolo de ámbar, cuyo poder alejará de ti todas las tentaciones diabólicas y ahuyentará con su olor a las serpientes que en el silencio nocturno penetran en nuestra tienda y se deslizan a lo largo de nuestros lechos para clavar su ponzoña en nuestro corazón.

Un viejo embalsamador añadió, acariciándose con sus manos esqueléticas sus largas barbas, entre cuyas tinieblas albeaban ya algunos mechones de canas:

—En la tumba de los Faraones he encontrado un anillo de oro con una extraña piedra, la cual, sumergida en el agua, tiene la rara virtud de difundir un suave olor a nardo.

Será tuyo el misterioso anillo si libras con tus consejos a nuestra tierra de la sombra nefasta de aquellos ojos infames.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual todas las miradas interrogaron ansiosas al anciano.

—Oídme—repuso por fin Almanzur, alzando lentamente la cabeza—; el pequeño ídolo de ámbar que ahuyenta la desgracia, y el anillo, cuya extraña piedra perfuma el aire de nardo, nada me importan.

No quiero premios ni admito recompensas.

En mi corazón hay una profunda palpitación de amor y de piedad hacia nuestra gente.

Quisiera encontrar dentro de mi vieja experiencia el consejo más joven y más seguro para que pudiera librarnos de ese maleficio que ensombrece nuestra tierra y obscurece la alegría del sol como un fantasma, como una nube negra que se interpone entre la luz y nuestros ojos.

Donde el Califa Al-Motadid dirige las pupilas, allí reinan la esterilidad y el espanto.

El tiene un maldito fulgor humanizado en sus ojos. Nosotros debemos apagarlo.

Todos gritaron trazando gestos de amenazas en el aire, como si blandiesen sus aceros.

—¡Apaguemos ese fulgor!...

Almanzur, después de un prolongado silencio, en el cual pareció meditar profundamente, elevó sus ojos a lo más alto como si pidiese fuerzas a los cielos, y murmuró con voz grave y solemne:

—Huéspedes míos, adoradores fervientes de nuestro Dios, voy a confiaros un secreto que desde hace mucho tiempo guardo encerrado en el fondo de mi alma.

Oidme:

—Oraba yo una noche, postrado en lo más oculto de mi tienda, pidiéndole al cielo que nos libertase de la fatalidad de esos ojos crueles, cuando de repente una claridad suave y celeste iluminó mi retiro, y en el silencio nocturno me pareció oír una voz sobrehumana que murmuraba a mi oído.

—Los ojos de Al-Motadid no son, como creen algunos de nuestros magos, el esplendor, evidente de la onirodinia, sonambulismo e incubo al mismo tiempo, sino el perverso deslumbramiento de la maldad.

Y desde aquellas noches de plegaria, tanto se encendió mi fervor y tan firme se hizo en mi espíritu la esencia de la realidad de aquel sueño, que me decidí a buscar a Alí, el esclavo adolescente destinado por el Califa a servicios más familiares.

Alí era la única persona que podía ceñirle el amplio albornoz de seda negro. Solamente sus manos debían calzarle las espuelas de oro y suspender de su cinto de terciopelo negro bordado de plata, el rico y fino alfange, cuyo pomo era un milagro de pedrería.

Yo había educado, desde su más tierna infancia al bello adolescente en el amor de Dios, y sentía por mí un verdadero afecto filial.

Confiado en este cariño le abrí mi corazón, contándole mi sueño y convenciéndole a que librar a nuestra tierra del maleficio de aquellos ojos inícuos que proyectaban sobre ella la desolación de sus sombras.

Alí vigila constantemente el sueño del Califa, pero jamás osó en todo el tiempo en que estuvo a su servicio contemplarle cara a cara.

Esta respetuosa sumisión del esclavo habíale convertido en el favorito de Al-Motadid.

Yo induje al adolescente al gran gesto liberador; y un día oculté entre los pliegues de su túnica una pequeña ampolla de cristal, en la cual había encerrado un poderoso veneno capaz de corroer y apagar para siempre aquellos ojos fatales.

El esclavo debía, mientras el Califa se entregaba al sueño, verterlo rápidamente sobre los párpados.

Aquella noche, cuando el esclavo, descalzo para no hacer ruido, alzaba los ricos tapices del lecho de Al-Motadid y extendía ya el brazo, próximo a cumplir su misión libertadora, se quedó de súbito aterrado, ahogando un grito de espanto en su garganta, y la ampolla cayó de sus manos, derraman

do sobre el mosaico del pavimento la corrosiva virtud de su veneno.

Al-Motadid le había sujetado por las muñecas incorporándose sobre el lecho, en un gesto frío y cruel de leopardo que al fin siente crujir entre sus zarpas la presa que durante mucho tiempo ha estado acechando.

El Califa veía a través de sus párpados. Su carne se entregaba al sueño, pero sus ojos permanecían vigilantes.

Al día siguiente, Alí, el esclavo adolescente predilecto de Al-Motadid, era arrojado al hambre y la ferocidad de los leones que en sus jaulas de hierro atemorizaban el silencio fragante de los jardines con el trueno retumbante y seco de sus rugidos.

Y desde entonces, todo el reino afirmó que el Califa Al-Motadid ve aun con los párpados cerrados, porque sus párpados han adquirido una transparencia de gasa.

—¡Pobre Alí...! Su muerte ha dejado un vacío tan profundo en mi corazón, que ningún otro afecto podrá llenarlo!—Suspiró en un hilo trémulo y quejumbroso de voz, apenas perceptible, el viejo Almazur.

Sus párpados se fueron cerrando lentamente, y su frente, agobiada por la tristeza infinita de aquel recuerdo, se inclinó dolorida entre la amarillenta lividez de sus manos exangües.

El silencio se prolongó en un grave y pesado recogimiento doloroso que contraía duramente los ceños y daba a todas las pupilas esa inmovilidad traslúcida que hace pensar en el éxtasis de los bienaventurados o en la locura infernal y roja de los poseídos.

Nada turbaba la inquietud angustiosa del momento. Sólo una débil brisa venida de los pomares del oasis, hacía ondular levemente los ricos tapices, derramando en el ambiente las fragancias melosas de los frutos maduros y la frescura casi humana de los nardos que se abrían en sus grandes ánforas de barro rojo, junto al brocal a la sombra azul y fecundante de los altos palmares, dorados de dátiles y sonoros de nidos.

Las golondrinas revolaban familiarmente dentro de la tienda, trazando, sobre las frentes inclinadas de meditaciones, la corona alegre y fugitiva de la sombra de sus vuelos...

VI

De súbito, como si no pudiese contener en su corazón tanto y tanto dolor acumulado durante aquellos momentos de silenciosas meditaciones, el viejo cheij Almanzur se estremeció en una convulsión angustiosa...

De sus ojos, profundos y claros como esos pozos abiertos en la dureza de las rocas, en cuyo fondo se reflejan toda la luminosa poesía de los cielos, brotaron dos lentas lágrimas que, resbalando por sus mustias mejillas, fueron a perderse en la blancura ondulante y trémula de sus largas barbas patriarcales, como dos gotas de rocío en un manojo de lino...

Su voz se hizo un sollozo, y exclamó de nuevo,

doblando la frente sobre el pecho y cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Pobre Alí! ¡La Muerte, al segar en flor tu vida, me ha dejado como ciego sin lazarillo!

¿Dónde volveré yo a encontrar una tierra tan apta y tan fértil para recibir en su seno todas las simientes del Bien?

Hizo un esfuerzo para contener su emoción, y después, con la faz más serena y la voz más firme, añadió, tendiendo los brazos y doblando la cabeza:

—¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Uno de los jóvenes embalsamadores, Omar-ben-Said, extendiendo los brazos, en un gesto casi de amenaza, replicó, con extridencias desdeñosas en la voz:

—¡Almanzur, tu corazón no siente la pérdida de Alí, el esclavo adolescente, sino los mordiscos, sordos y tenaces del remordimiento, por haberle amaestrado para el crimen, tomando como incentivo el santo nombre del Señor...!

¡Tu consejo, que él creyó santo, era sólo una acechanza culpable, merecedora del más atroz castigo...!

Tú obraste sólo a impulsos del fanatismo y no en aras de tu fe, pues solamente el fanatismo induce al error.

Almanzur, el fanatismo no es la fe.

La fe es dulce y suave como una caricia, y vence sólo por medios lícitos y caminos rectos.

La voz áspera y dura del mercader, añadió rudamente:

—Nosotros podíamos, viejo Almanzur, castigar tu crimen, y no lo hacemos porque esperamos que

tú hagas acto de contrición, en nombre del Altísimo, el cual, si ha consentido esa criminal tentativa, ha sido solamente para que después los puros rayos de la fe iluminen y purifiquen tu conciencia...

Almanzur, sin alzar la cabeza, respondió humildemente, en un tono compungido que aumentaba más el nervioso temblor de sus luengas barbas de armiño, que patriarcalmente se desparramaban sobre sus rodillas:

—Huéspedes míos: la fe tiene fervores que no se miden y entusiasmos que no pueden refrenarse.

La tentativa ha fallado, y vosotros me inculpáis por haber querido librar a la tierra del influjo de un monstruo.

Está bien. ¡Yo también detesto el crimen y por eso nutro con mis lágrimas en el fondo del corazón al más sincero y voraz de los arrepentimientos...!

Mas, ¿quién ha concedido al Califa Al-Motadid autoridad para exterminar todo aquello que cae bajo la fulminación de su mirada...?

Y decid también: ¿quién de vosotros encontrándose bajo el dominio de un Espíritu Malo, no había de valerse de todos los medios, aun de los más criminales, para vencerlo y librarse por siempre de su maléfico influjo?

¿Si dos manos ladronas abriesen tus cofres para robar tus más ricas mercancías, las besarían tus labios, mercader que sólo vives del producto que ellas te dejan...?

¿No desnudarías tu alfanje, y de un golpe las harías rodar por tierra, cercenadas?

¿Cuánto más debemos defendernos contra dos

ojos perversos que destruyen con su luz sulfúrea y su corrosiva maldad lo más puro de nuestra conciencia; ojos terriblemente crueles que disipan la más profunda sabiduría, tronchan las alas de la más alta poesía y disecan las corrientes melódicas más sonoras y copiosas...?

El Espíritu del Mal vive encerrado en el fuego de aquellos ojos, y hay que destruirlo como se destruyen a esos mónstruos hambrientos que infestan las selvas acechan los rebaños, agazapados en la obscuridad de sus cavernas.

La voluntad Omnipotente del Señor ha puesto en nuestras manos los medios para destruirlos... ¿Para qué vamos a rechazarlos...?

El hacerlo es un acto de soberbia, es como un desprecio de la Divina gracia.

Se hizo un instante de silencio y de meditación...

El viejo Almanzur adivinó sobre el rostro de sus huéspedes el vago estupor que sus palabras habían producido.

El joven embalsamador, después de una pausa, había recobrado la serenidad de su alma, perdida en unos instantes de arrebato, y clavando la profundidad de sus ojos en los cielos extáticos de los del viejo, murmuró, con la voz un poco punzante de ironía:

—Busca, con la sabiduría de tu experiencia, algún remedio contra esos maleficios.

Y una sonrisa casi infantil embelleció el rudo semblante del embalsamador, haciendo relucir, entre la enmarañada negrura de sus barbas, la nítida y sana blancura de sus dientes de lobo joven.

El viejo Almanzur, mortificado por la burla que exhalaban aquellas palabras, repuso gravemente.

con un acento firme y reposado que contrastaba con la caducidad temblona de su cuerpo apesadumbrado por tantos y tantos años de luchar fieramente con la vida:

—Tú conservas aún intactos los dientes y por eso me dices a mí, que apenas si puedo masticar con las encías desnudas, que busque el remedio en la experiencia que me han dado tantas y tantas amarguras como han pasado por mi alma...

Pues bien; lo he buscado y espero encontrarle, Si falla esta segunda tentativa próxima a realizarse, aquel que aun conserve intactos y blancos los dientes, no podrá burlarse de quien los ha perdido por las vicisitudes de su larga edad.

Calló de nuevo el viejo, y hubo otra larga pausa, durante la cual todos los semblantes se inclinaron en una actitud meditativa y angustiosa.

Y como le pareciera a Almanzur que sus palabras habían vibrado aquella vez bajo el lino hospitalario de su tienda con un acento demasiado agrio de reconvención para sus huéspedes, consecuente con los deberes que la hospitalidad y su amor le imponían, ofreció al mercader y los embalsamadores, sobre escudillas de madera cubiertas con ramas frescas de palmas, los más azucarados dátiles y los más sabrosos higos que se producían en fértiles oasis que verdeaban, al sol, en medio de las calcinadas arideces del desierto.

VII

Al fin, Almanzur volvió a hablar, rompiendo el prolongado silencio que pesaba sobre la inquietud de todos.

—Durante siete lunas de meditaciones y de abstinencias he procurado el remedio que ha de libertarnos, y hace ya cuatro que me fué revelado.

—Confiamos tu secreto, Almanzur, que en el nombre santo de Dios te ofrecemos, no sólo ocultarlo en lo más profundo de nuestros corazones, sino ayudarte a poner en práctica el plan que tu experiencia haya madurado — dijo con acento de sincera emoción, el mercader, aproximándose al viejo, como para poder escuchar mejor sus palabras.

—Oídme, pues. ¿Qué medio encontraréis vosotros más apropiado para vencer el mal que nos aflige?...

Pensad. La Muerte cerrará un día los ojos fatales del Califa Al-Motadid; mas para nuestra liberación, yo los apagaré antes de que la Muerte los cierre para siempre.

¿Qué medio creéis vosotros más conveniente y seguro?... Hablad, huéspedes míos.

El mercader contestó, con tono convencido:

—En mis cofres guardo un estilete, de hoja tan sutil como la lengua de las serpientes y tan firme y rígida como la voluntad de los fakires.

El joven y rudo embalsamador añadió a su vez:

—En el sepulcro de una princesa de Tebas me he encontrado una aguja tan fina como un cabello, y tan fuerte que sería capaz de atravesar los huesos. Yo te la ofrezco para que libertes con ella a nuestro pueblo del meficio de esos ojos sinietros.

Una leve sonrisa hizo una mueca burlona en los labios desdentados del anciano Almanzur. Después respondió:

—Execro todos los medios que me sugiere vuestra imaginación. Recordad que antes habéis condenado severamente toda tentativa criminal. Vuestras intenciones encierran un fondo de criminalidad, y sois por ellas, en cierto modo, culpables de los más rigurosos castigos.

Mientras hablábais, encomiando vuestro estilete y vuestra aguja, vuestros pensamientos, acerados y sutiles como las hojas de las armas que loábais, yo los veía hundirse en las negras pupilas del Califa, con toda la crueldad de quien satisface una venganza.

¿Quién de vosotros es menos culpable?...

—Aquel que sabe pedir al señor por esos ojos malditos—dijo el más viejo de los embalsamadores, que hasta entonces había permanecido en silencio, con la frente reclinada entre las manos, en un ángulo de la tienda.

—¡Sabia respuesta la tuya, digna de los labios de un verdadero creyente!—afirmó como un gesto sacerdotal Almanzur.

Yo he pedido eso mismo que tú acabas de decirme, y después de tantas lunas de mortificación

y de plegaria, el Señor ha venido en mi ayuda, y en una noche de austera abstinencia, el Arcángel me ha revelado el secreto!...

—¡Confíanos tu secreto!—invocaron los huéspedes formando un corro de ansiedad en torno de Almanzur.

—Madurado ha sido el consejo del Arcángel, como un fruto sobre el árbol de la Meditación.

Os lo voy a descubrir.

«Apararé el fulgor inicuo de los ojos del Mal con la sencillez de la Inocencia.»

Encontré el consejo, lo puse en práctica con ánimo sereno, y hace ya varias lunas que espero que la omnipotencia y la justicia del Señor cumpla nuestra liberación.

—¡Bendigamos al Señor!—balbucearon los huéspedes, cayendo de rodillas y doblando las frentes hasta rozar el suelo en una religiosa exaltación de fervor.

VIII

La pequeña esclava que sucedió al adolescente Alí en el cargo de más confianza de los servidores del Califa Al-Motadid, se llamaba Zoraida.

Era esbelta y ágil como el tallo de un lirio de Bensora, mansa como la indulgencia, devota como la llama de un altar y casta como la nieve de las montañas del Líbano.

Se llamaba Zoraida; mas su sencillez y su inge-

nidad eran tales, de tal modo reconfortaban el espíritu y destruían las preocupaciones que hacen arrugar el ceño, que todos la apellidaban: *Frescura del corazón*.

Antes de que el Califa la acogiese a sus servicios familiares, había sido instruída por el anciano Almanzur en todos los sagrados preceptos de la Ley de Dios.

Al partir hacia el Alcázar, Almanzur la hizo sentar a su lado, en un rico almohadón de seda turquí, bordado de perlas, y la dijo paternalmente, acariciando la negrura suave y olorosa de sus trenzas de virgen:

—¡Oh, Frescura del corazón!... El Califa a quien desde hoy vas a servir es bueno y puro como tú.

La bondad brilla en sus ojos, y tú debes mirarte confiadamente en el fondo de ellos con toda la dócil claridad de los tuyos, abiertos siempre a la Inocencia.

No cierres nunca tus hermosos párpados delante de él, como hacía tu antecesor Ali. Sostén su mirada..., y que la gracia del Señor derrame todos sus dones sobre tu frente!

Ignoraba Zoraida la potencia del Mal, y procuró conservar siempre presentes en su memoria los últimos consejos de su protector Almanzur, amparo de su orfandad y único consuelo de su infancia.

Fué presentada a Al-Motadid por aquella célebre bordadora de Bagdad, cuyas manos habían sabido bordar sobre un velo más sutil que las alas de las libélulas, esmaltadas en los más vivos colores, las más bellas y santas máximas de las suras koránicas.

Antes de presentársela, la bordadora tuvo la cautela de encubrir el fresco semblante de la esclava con siete velos negros, queriendo evitar el peligro de que sintiese, como todos, el maléfico influjo de los ojos fatales.

Instruída también por Almanzur, dijo a Al-Motadid, al presentarle la esclava:

—Aquí tienes, Emir de todas las luces, a la pequeña y dulce Zoraida, que el Profeta te manda, y que es fréscura del corazón y encanto del espíritu... Ella, acompañada de la guzla, te cantará la profecía en la noche serena, cuando la Luna se eleva, como un escudo de plata enrojecida, sobre la cima de los cipreses, y los cirrus dispersos en la indolencia del azul adquieren relieves y contornos metálicos.

Maravillóse el Califa ante aquellas palabras, oídas ya en un tiempo remoto, cuando una famosa orinomanse, a la cual él había llamado, las pronunció, trémula aún de espanto, como vaticinios de un espantoso sueño; palabras que se fueron más tarde borrando de su memoria en el rápido desenvolvimiento de tantos hechos y vicisitudes como habían atravesado su vida.

La fulminación siniestra de su mirada no tuvo poder suficiente para traspasar los siete velos negros con que la célebre bordadora de Bagdad había envuelto el puro y bello rostro de la esclava...

Al-Motadid sintió por vez primera el escalofrío del terror estremecer sus miembros, y sus dientes de felino, en una agitación de rabia irreprimible, mordieron hasta sangrar las rojas y carnosas pulpas de sus labios sensuales.

La Inocencia estaba delante de él y le miraba dulcemente con sus grandes y claros ojos hechos de bondad y de ternura, como todas las cosas bellas y puras de la Creación.

Cuando la bordadora se alejó y el Califa se encontró solo con la esclava sintió una sensación aguda, casi dolorosa, en lo más íntimo y escondido de sus entrañas, y con voz trémula, en la que palpitaba un hálito de pavora, murmuró entre dientes:

—¿Por qué me miras?...

—Porque sois bueno, porque me han dicho que la bondad brilla como un astro en el cielo de vuestros nobles ojos—contestó ingenuamente la esclava, con una voz tan suave y fresca que hacía pensar en la armonía lauda y fugitiva de los surtidores de plata, desgranando sus perlas sobre el alabastro de las conchas, en el silencio lunático de los patios de maravillas, olorosos a arrayanes y a nardos de ensueño.

—No me mires en los ojos, Zoraida, porque te pueden hacer daño mis miradas.

—No, no sufriré daño alguno. Yo no temo el fulgor de tus ojos. Mi corazón, sensible y puro como un velo a quien aún no agitó ningún viento, es capaz de suavizar, de amansar aun al propio corazón de las fieras.

Y la voz de la esclava difundía sonidos de una dulzura indecible; era como una guzla viviente que desfalleciese del más puro amor entre los dedos de claridad y de milagro de un Arcángel.

El Califa insistió con acento duro y áspero:

—¡Te exijo que no me mires!...

Frescura del corazón no se arredró, y sin dejar de mirarle, prosiguió, ingenuamente, sin temores, con ese valor heroico y pasivo de los niños que no se dan cuenta de los peligros que les amenazan y que les hace cruzar por el borde de los precipicios con una sonrisa en los labios y una canción de pájaros en la garganta:

—Mas, dime, Emir de todas las luces, ¿si tu alma saliese de la cárcel de tu cuerpo, y se alzase delante de ti, y te mirase, podrías tú impedirlo?

Una cólera satánica mordió como una víbora hambrienta el corazón del Califa, y un estremecimiento convulsivo de ira contrajo sus músculos, tensos ya para el salto felino sobre la presa.

Con voz ronca exclamó:

—¡Mas tú no eres mi alma!...

—¿No podré ser entonces el recuerdo de tu alma?... Todos vivimos una vez en la inocencia...

El Emir de todas las luces sintió que el vaticinio de la oniromanta lejana se agitaba en torno de él, próximo a cumplirse, rozando con sus alas membranosas y frías de murciélago la desnudez de su cuerpo, a pesar del amplio albornoz de seda negra que con sus siete velos, impenetrables como siete terribles misterios, lo envolvía de los pies a la cabeza.

Y se alejó, confuso y sobrecogido, a encerrarse en el interior de su cámara, mientras la esclava arrancaba, en la blancura marmórea de la terraza, a las sonoras cuerdas de la guzla, los primeros compases de una canción nómada y eterna como el Amor y la Vida.

IX

El Califa Al-Motadid languidecía por momentos. Su rostro se iba demacrando, y sus espaldas, anchas y fuertes como las de un cíclope, se rendían bajo el peso de una angustia infinita...

Ni las danzas de las bayaderas, llegadas para distraerle, de los remotos países de la India; ni los cantos de las bellas hijas de la Circasia; ni las fastuosas cacerías en los bosques fragantes de alcanfor y de canela, nada lograba desarrugar la negra contracción de sus cejas, que siniestramente tendían sobre la desolación de su rostro sus arcos de sombra.

Las noches insomnes trabajaban su alma minando y corroyendo su naturaleza, gastada ya por el vicio y los placeres.

Sus ojos contemplaban constantemente, entre las sombras, fantasmas espectrales, fantasmas sangrientos de culpas irredimidas, que se daban cita en torno de su lecho de sedas, aromas y perlas, y se inclinaban en gestos irónicos sobre su corazón para oír sus latidos, como si aquel corazón monstruoso fuese capaz de sentir palpitaciones humanas.

La esclava Zoraida balbuceaba con su clara voz infantil, plegada a la obscuridad, como al amparo de un manto:

—Al-Motadid, si cierras los párpados, contemplarás los mismos fantasmas en la sombra.

—Frescura del corazón, no hables. Un día escuché una voz igual que la tuya y tuve que extinguirla para siempre en el silencio.

—Apagarla debías, pero ya es tarde.

—Frescura del corazón, si las raíces se secan, el árbol no dará jamás frutos nuevos.

Al-Motadid se retorció desesperadamente en su lecho de aromas, invocando la claridad viva y fragante del alba.

Mas al levantarse y salir a la maravilla de sus salones no podía arrojar de su mente los temores nocturnos, y un desasosiego tenaz y violento le hacía rechazar las ricas y sabrosas viandas que en anchos platos de oro le ofrecían sus esclavos.

Delante de la joven esclava le invadía un sutil delirio, le asaltaba una intensa fiebre que a veces le parecía el calor de un remordimiento, le destrozaba un agudo tormento que él sentía morderle en lo más hondo del corazón como una expiación que empieza a cumplirse.

Muchas veces en el día murmuraba suplicante a la esclava:

—No me mires más, Zoraida, porque tu mirada me vence. Tú eres como el agua pura de una fuente: reflejas las nubes, el azul sereno, las tinieblas y las estrellas. ¡No me mires más; no me mires más!...

—¿Qué has hecho de mi antecesor, el adolescente Ali?

Al-Motadid, ante lo imprevisto de aquella pregunta, sintió como si de repente con dos martillos de fuego le torturasen las sienas.

—¿Qué ha sido de Ali?—insistió, con una tenacidad inconcebible la voz de la esclava.

—Frescura del corazón, tráme el espejo—suplicó el Califa.

La esclava obedeció, y con sus pequeñas manos puras colocó delante del rostro de Al-Motadid el rico espejo ovalado, de marfil y plata—. Tú ahora te ves por primera vez—dijo Zoraida—porque antes nunca te habías contemplado tal como eres.

En un salvaje ímpetu de ira, el Califa ciñó con sus manos bellotas y duras el frágil cuello de Frescura del corazón, y la habría ahogado entre ellas si los grandes ojos buenos de la esclava no se hubiesen, por misteriosa trasmigración, encendido del mismo fuego cruel y dominador que ardía en las miradas de Al-Motadid.

—Tú eres como la fuente, que en su transparente pureza refleja el vuelo cándido de las palomas y el negro vuelo de los murciélagos.

—Yo no soy como Alí, que temblaba de miedo como un perro ante tus amenazas. Ya lo has visto. He sentido crujir mi garganta entre tus manos y no he lanzado un grito... ya oyes mis palabras; todas ellas tienen la dulzura de una guzla tañida por un arcángel.

Y el Califa, por primera vez, se cerró los ojos con la palma de sus manos.

X

Hacia ya siete lunas que Zoraida estaba al servicio del Califa.

La última noche, mientras la luna se elevaba como un escudo de plata enrojecida sobre la colina de los cipreses y los cirrus dispersos en la indolencia del azul iban adquiriendo nítidos contornos metálicos, la esclava, silenciosa, seguía en la blanca terraza de mármol, con sus ojos grandes y claros de virgen, la inquietud frenética de las pupilas de Al-Motadid.

Las rosas postreras de la estación de las siembras tomaban, bajo las palideces del lugar, vivientes tonalidades de rojos terciopelos, abriendo sus cálices como extrañas copas desbordantes de sangre.

Las fragantes campanillas, a cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaban los poetas «hálitos de Luna en flor», se estremecían a la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de madreperlas.

Al-Motadid, después de haber explorado con profunda inquietud el cielo, interrogó a la esclava:

—Díme, dime, ¿por qué estas rosas son tan rojas?...

—¡Al-Motadid, la tierra convierte en rosas la sangre de las víctimas!

El Califa suspiró, pasándose la mano por los párpados:

—Díme, dime, ¿por qué tienen alburas de madreperlas estas campanillas tan blancas?

—¡Al-Motadid, el cielo coloca la aureola sobre el candor!...

El Califa volvió a suspirar más tristemente, y otra vez sus manos tornaron a sujetar los párpados.

dos como para contener algo que estaba próximo a escaparse por ellos.

En la serenidad del aire nocturno llegaban las lejanas canciones de los camelleros, rimadas a compás del tambor, derramando en la paz de la terraza el encanto puro y místico de los versículos del profeta:

«Los párpados del ínciuo son polvo y ceniza, lo cual le impide mirar rectamente.

Sus cejas son curvas como las grandes espadas y como el hierro templado de las lanzas fratricidas.

Y sus ojos no pueden soportar la luz, porque son hechos de eclipses.

¡Señor, Señor, haz que los ojos del justo vean siempre el camino de la Inocencia.»

El Califa oía con terror el místico y melancólico canto de los camelleros, rimado a los sonos graves y acompasados de los tambores lejanos, y las voces y los ritmos se iban lentamente clavando en su alma como saetas envenenadas.

Suspiró y volvió a suspirar, pasando y repasando la mano por los párpados, y de pronto, asaltado por un pavor inaudito, comenzó a gemir.

—Zoraida, dime, ¿en qué profundo abismo ha caído la Luna que ya no la veo?...

—Zoraida, dime, dime. ¿qué tempestad nos ha oscurecido repentinamente?...

Y Al-Motadid, con los brazos tendidos, palpando el aire, andaba a tientas, perdiéndose en su profunda noche sin esperanza:

¡Zoraida, Frescura del corazón, guíame!

La esclava, que ya había descendido de la terra-

za y galopaba en un fogoso potro hacia la tienda de Almanzur, le gritó desde la obscuridad de la noche:

—Es demasiado tarde, Al Motadid.

XI

—...Ya encontré el remedio, y espero en esta noche, que se cumplen las siete lunas, que el Señor cumpla la promesa que por boca de un Arcángel me hiciera en aquella velada de oración y de abstinencia, librando a nuestra tierra del maléfico influjo de los ojos del Califa.

—Demos gracias a Dios—balucearon los huéspedes.

Estaban todos con la frente postrada en la tierra, absortos en sus plegarias, cuando oyeron el galopar frenético de un caballo que se acercaba cada vez más hacia la tienda, y la voz fresca y pura de la esclava Zoraida que les gritaba como en un concierto de notas argentinas, una promesa de esperanza:

—¡Glorifiquemos al Señor: el Califa Al-Motadid se ha quedado ciego!

LAS GARRAS DE LA PANTERA

Almanzur era Schaij de la tribu de los Beni-Musas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del Oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles de Medinat-Nevi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias del Islam.

Su abuelo, Omar ben Wahid, el Zarahita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta, cuando éste, herido de una certera pedredada en la frente, se desplomó ensangrentado de su corcel.

Su padre, Noseir ben Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas campañas contra los cristianos de Constantinopla, bajo los gloriosos Califatos de Abu-Berk, Omar y Alí.

El mismo Almanzur había hecho su algihed en el Egipto y en el Africa, a las órdenes de Okba, asistiendo a la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando a su pariente Muza ben

Noseir a la conquista de España. Regresó de estas expediciones cubierto de gloria y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su Schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y a su tienda venían, a dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada a los más sabios preceptos de la ley koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo a los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar a sus guerreros, confió esta misión a su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desierto, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado a la puerta de su tienda, gustaba oír, a la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete kasidas que bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la admiración y la piedad de las gentes habían suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche en que, rodeado de los principales de su tribu, adormecía su álnia con el encanto de una de estas narraciones, llegaron a su aduar, tendidos como arcos sobre sus corceles, sudorosos y jadeantes, unos pastores, y, descabalgando junto a su tienda, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción:

—La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El profeta nos protege! Una caravana,

tan extensa que se pierde de vista en los arenales, atravesará mañana, a la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub. Nosotros la hemos visto desfilas mientras los rebaños seesteaban a la sombra de las palmeras de la cisterna de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hadramaut.

Trescientos jinetes armados las custodian. ¿Pero qué son trescientos jinetes armados para los Benimusas, los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros corceles no conocen la fatiga nila sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben traspasar con un venablo a los más veloces aves-truces, desjarretan a un toro salvaje y son capaces de desguijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores. En todas las pupilas fulguró la codicia. Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción, al grupo. Almanzur irguió su patriarcal figura, e imponiendo silencio con un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como habla la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesosos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable:

—No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas a quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Musas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austera solemnidad profética.

—¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios, escúchame! — exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

—Todos reconocemos y reverenciamos la verdad profunda que encierran tus palabras. Pero fíjate en el estado lamentable de la tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir a la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta.

La sequía agosta nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros... y esa caravana, que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

—Sí, padre mío—insistió Muhamed—: la necesidad nos apremia.

Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar a sus beneficios.

Todos asintieron con un leve movimiento de cabeza a las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio Schaij.

Por fin éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo, como el que se decide, contra su íntima voluntad, a quebrantar un voto:

—No quiero oponerme a vuestros designios, que acaso sean también los designios de Dios. ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas, me impiden conducirlos, como tantas veces, a la victoria.

Mi hijo Muhamed conducirá las huestes.

Id a prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimos con los vencidos. Respetad a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces a limpiar sus armas y enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos a preparar el pienso de las caballerías, o cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían, haciendo brillar bajo

los astros las monedas de oro que adornaban sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, a veces, los diamantes oscuros de sus ojos voraces.

Los poetas, en medio de un círculo de guerreros, exaltaban las épicas aventuras de Antar, los combates sangrientos y el amor a la gloria y a la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabeles.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas se doraban, a la luz de la luna, las cuentas de ámbar de un largo rosario.

Antes de la oración del alba, a los últimos rayos de la luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salieron en grupos, entre gritos de júbilo y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos, sus largas lanzas, o golpeando con sus corvos alfanjes los escudos.

Al salir de las últimas tiendas, abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose a lo largo del desierto, entre nubes de

polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían, agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos como arcos, con las colas rectas como timones, se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino, y mirando con rencor sus piernas ulceradas donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.

II

Habíanse terminado las faenas del medio día.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte.

Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban sus cabezas en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Los esclavos acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafes, humeaban las última brasas de la comida.

En algunas tiendas se oían voces soñolientas que embalaban las cunas o vibraban las guzlas acompañando viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio. Era una tienda amplia y cónica,alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapi-ces bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acera-dos de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa persa, reclinada en muelles almohadonos de Damasco bordados en perlas, reposaba Aischa, la núbil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturna de sus ojos todos los misterios y las fascinaciones del desierto, y cuyos miembros tensos, fuertes y ágiles evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki y las vibrantes y sutiles flechas de Mareb.

Por el casktan de tisú verde y plata, desabro-chado desde la cintura, parecían estallar los senos como magnolias de bronce, y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan a la margen de los arroyos entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían de anillos y sortijas, los tobillos de ajorcas, las muñecas de brazaletes y los cabellos de diñares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evocaba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos entrelazados de perlas y corales, la mano del Profeta, toscamente tallada en una fina lámina de plata, el maravilloso amuleto que porta la felicidad y que libra del mal de ojo, de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

A su lado yacía Almanzur, grave y solemne, sobre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

El calor era asfixiante, a pesar de las triples cortinas de palma y juncos tejidos que protegían del sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, áloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

A veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía ágil y silenciosa a la puerta; alzaba cautelosamente las cortinas y, con las manos sobre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que, fatigada, volvía a reclinarsse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis, la interrogó: primero con sus hondos ojos escrutadores, ojos que parecían venir del más allá de las

cosas, y después con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente:

—Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de tí, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu:

—No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se tendiesen a mí, implorando socorro. No sé por qué me produce espanto y siento temor por él en esta jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió de estribo para saltar sobre el corcel de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra.

Yo sentí ante este augurio de desgracia que toda la sangre de mis venas afluyó al corazón y me ahogaba. Retuve por el rendaje a su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo:

—Detente, Muhamed, detente; es un mal presagio.

Y en mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciadas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope, a reunirse con los suyos.

—No entristezcas y agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh, Aischa, tesoro para mí el más preciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi único hijo Muhamed!—le interrumpió, indulgente, el noble y justo Almanzur.

Dios ha escrito en el cielo con astros de diamante la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá...

Confiémonos a su misericordia.

No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes armados contra los Beni-Musas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las hojas secas, así nuestros guerreros dispersarán a sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía; serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhamed cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes. Además, ¿a qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Avub, de aquel guerrero cuyo solo nombre hacía temblar de espanto en sus sillal a los más esforzados campeones cristianos?

¿No te enseñó él, como a un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado a más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio maléfico te ha tocado con su dedo en las sienes?

Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huído de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer de pie en los días adversos. El huracán puede abatir a la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve a erguirse tan majestuosa como antes.

—No es el temor—murmuró gravemente Aischa—; Dios sabe que en mi corazón arde aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aún capaces de renovar las hazañas paternas.

No es temor... Es el amor—suspiró, enrojeciendo hasta la raíz de los caballos—. Es que sin Muhamed la vida me sería una carga insoportable... Es que no puedo ni admitir la sospecha de que su vida sea mortal como la de todos...

—Desecha vanos temores—interrumpió, con voz dulce y trémula, el Schaij—, y en vez de entregarte a la tristeza y a los celos, consueta y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, las viejas kasidas con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita como nadie.

Sería bueno llamarle para entretener nuestros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consueta y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares, y es el mayor bien que Dios otorga a los mortales en su mísera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando a un esclavo que vigilaba a la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además a los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que de pie, al son de la guzla, empezó a recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fasto y el ardor de la imaginación oriental, se axalta el amor a Abla, a aquella extraordinaria mujer que, al decir del poeta, aventajaba a todo cuanto la Belleza tiene de más perfecto.

«Diré que el brillo de la luna iguala a tu rostro.
¿Pero la luna tiene tus ojos de gacela?

Diré que la rama de arac se asemeja a tu cuerpo.
¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura a las perlas.
¿Cómo podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente,
y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso,
guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines,
como las tórtolas en celo.

Ella me oprime el corazón como una zarpa.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto,
las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

Tu rostro es como la luna al cielo; resplandece;
pero está tan alto, que no se puede alcanzar.»

El perfume de los pebeteros que ardían en los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el

alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos que servían de apoyo a las tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.

III

Después de estos apasionados cantos de amor, Ismael recitó la célebre kasida de «El jardín y el león», una de las más bellas narraciones de Oriente.

«Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India un joven emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, a una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorta en las maravillas del crepúsculo.

La mujer, que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó a los familiares que le rodeaban si conocían a la dama.

—Señor, es la esposa de nuestro visir El-Nedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar a su primer ministro, encomendándole una importante misión cerca de un monarca enemigo, y ordenándole que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba, a los pocos momentos, a la casa de su primer ministro.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenina desde el interior.

—Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar a tu dueña.

—¿Quién sois?—interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgranamiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

—¡El emir!

La puerta se abrió instantáneamente, y Fátima (que así se llamaba la esposa del visir) acudió, solícita, a besar con respeto la regia mano de su señor.

—Hermosa dama, os amo—dijo él entonces, en voz baja—, y os ruego me acojáis como amigo.

—Sed bienvenido, señor; todo cuanto aquí existe os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmais de favores.

—Graciosa Fátima—añadió el sultán, desbordante de entusiasmo—, vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano a través de riquísimas estancias y de maravillosos patios, donde las fuentes elevaban al aire sus penachos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó a Fátima se colocase a su lado.

Entonces se arrojó a sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enojadas manos de la dama, le dirigió las frases más ardientes, las palabras más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El emir aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico un grueso manuscrito ricamente encuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó a su regio huésped, diciéndole:

—Voy a ausentarme por algunos momentos para dar órdenes a los criados y disponer los preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto compañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

Eran poesías y sentencias de los hombres más sabios y célebres del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

El emir, que era entendido y dado a las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima, suntuosamente ataviada, y rogó a su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella a la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro, llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos, y advirtió con sorpresa que aunque parecían ser distintos, todos tenían el mismo gusto. Intrigado por aquel enigma, interrogó a Fátima.

—Las mujeres, señor—respondió ésta con la sonrisa más insinuante—, se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero a pesar de todo, cada una de ellas es una mujer... y nada más.

En vuestro harén tenéis noventa mujeres entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría a vuestros placeres.

El emir inclinó la cabeza, avergonzado por la lección, y después de algunos momentos de silencio, exclamó con la voz aún insegura:

—Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidar las locuras de un joven a

quien, desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro, se retiró a palacio, pesaroso de su arrebató y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué a dar cuenta de ella a su soberano.

Después de la audiencia corrió a su casa, gozoso de sorprender a su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un objeto brillante, y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón, y aquella misma tarde, con aparente calma, dijo a su mujer:

—Mi ausencia te ha impedido visitar a tus padres. Ve a ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna, cuando se presentó un mensajero de parte de su marido a entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres la interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir a tomar una resolución tan extremada, respondió que ponía a Dios por testigo de su inocencia y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso, viendo el

padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del emir en ocasión en que éste daba audiencia pública.

—Señor—dijo, prosternándose ante el soberano—, yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisitos frutos. Ese jardín lo había confiado a vuestro visir El-Nedchar, que prometió cuidarlo con esmero, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

¿Qué contestáis a todo esto?—exclamó el sultán dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

—Ese hombre dice la verdad, magnífico señor—respondió gravemente El-Nedchar—. Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé a mis pies las huellas del león; tuve miedo y abandoné, señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz un corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre y que las huellas del león pudieran ser su sortija olvidada.

—Nada temáis—dijo entonces, con voz solemne, a su visir—. Id a vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió a vivir con su esposa y, conven-

cido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces.»

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban.

Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus luengas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió a murmurar:

—De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en la sombra.

IV

Al anochecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles ceñidos de anchos y profundos fosos para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

So comió frugalmente: dátiles, leche de camellos y pan de cebada.

La tribu empezaba a inquietarse por la tardanza de los foránicos, destinados a traer noticias del combate.

Los niños se asomaban a las empalizadas a indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oír mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acababa de rezarse la oración de la tarde, y en la tienda del Schaij Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los foránicos. Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

—Desde los desfiladeros de Absud— decía — hasta aquí, la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

—Señor, yo no sé qué amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento— exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines—. Yo he visto siempre, con la sonrisa en los labios, partir a nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco

o la lanza. Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprimía el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas, y las águilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se alzan los desfiladeros del Absud, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y—¡cosa nunca vista!—el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del Profeta, que mi madre me colgó al cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aflicción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por mis flechas, y más de un enemigo mordió el polvo bajo el empuje de mi lanza.... Pero amo tanto a Muhamed que la cosa más insignificante me hace temer por su vida, que es mi única felicidad en

este mundo. ¡Oh, si yo hubiera ido a su lado, para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada!

E inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como adsorta en sus visiones.

Todos respetaron su silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó a lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños...

Algunos rostros, radiantes de alegría, se asomaron á la puerta del Schajj.

—¡Los foránicos! ¡Los foránicos!—gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el Schajj, exclamando con la voz rota de emoción:

—¡Alabados sean los designios de Dios, Almanzur! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Orob la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope, devorando el aire, y aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

—¡Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios!—murmuró Almanzur, mirando al Oriente con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se

agrupaban a la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban; los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos desarrugaron sus hoscos entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña a la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aún a sus terribles visiones interiores.

La noche fué de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul é infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzaron las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblar epiléptico de sus vientres y sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo y olor a carnes morrenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mujían, y á veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la

fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.

V

De súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfrenada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones, apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando a los grupos que danzaban a la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose a su cuello, ajeno a todo, le prodigó las más tiernas frases.

—Alma mía, luz de mis ojos... ¿Por qué me entregas solo a mi enemigo? Tú, que tenías el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡Duerme en paz, y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente que, muda y conmovida, presenciaba la escena, una idea terrible volvió a apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hechos jirones.

—La misericordia de Dios caiga sobre ti y sobre toda tu descendencia—exclamó con la voz conmovida—. Llego a tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después, con voz grave y unciosa murmuró:

—Alabado sea Dios, que te envía a mi tribu. Seas quien seas, en mi casa estás y en eila sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huésped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría a la hospitalidad que se te debe. Tú eres el amo de esta tienda.

Esclavos—añadió, volviéndose a los suyos—, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas, mullid el más blando lecho, cubrirlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos y ungir y perfumad las barbas y los pies de mi huésped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron a complimentar las órdenes de Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

—Me llamo Abul Mohadí. Pertenezco a la tribu de los Coraichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sohel, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo, después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome solo hundí las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco—; y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás—continuó con acento más firme después de una breve pausa—las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando a los chacales, que devo-

raban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal, para darle algún descanso y orientarme en la huída, escuchaba a lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos, cuatro, hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles, y hasta me pareció distinguir sus sômbra en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inandito e internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía a uno de mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló a mi corazón... Descabalgué, y conduciendo por las bridas a mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino, y

por el lado opuesto fuí dejando jirones de mi vestidura entre las ramas de arac y los cactus que conducen a la primera eminencia del monte.

Después regresé a mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncadas de cólera, tramaban:

—Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos a su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, abrazado el escudo y la espada en alto, me disponía a vender cara la vida.

Por fin—uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncales húmedos por el rocío las huellas del antílope:

—Mirad, mirad, los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre.

—Sigamos sus rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano, y aquí me tienes buen Schaij... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán a buscarme,

Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalar en esta tienda.

Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa estás libre. Nadie osará tocar a un solo pelo de tu barba.

—Voy a dar las órdenes oportunas—añadió el Schaij, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Mohadí permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba a través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué, el rostro fino y atezado del guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algazara de una feria o entre el estruendo de un combate.

VI

Un ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación turbaron la solemnidad del silencio.

El Mohadí se agitó convulso, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desolada de Almanzur, que exclamaba:

—¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muhamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue a su matador, poniéndole al alcance de mi brazo..!

Aischa, como poseída de un vértigo, saltó de su asiento y se dirigió a la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres.

Una desolación inmensa parecía cubrir con sus olas negras a toda la tribu.



Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muhamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, a su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz.

Aischa se abrazó, sollozando, al cuerpo de su amado...

El Mohadi saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso a morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando a Almanzur:

—Mira al matador de tu hijo. Entréganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Mohadí.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó,

volviendo a adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

—¡Almanzur, entrérganoslo para vengar con su sangre la sangre de tu hijo!— clamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa, como ajena a todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo a las espadas de los guerreros, y con voz serena murmuró lentamente:

—Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor a la hospitalidad que Dios nos impuso. Noablemente, cara a cara, dió muerte a mi hijo. Pues aunque hubiese sido a traición, aquí le defendería contra todos.

El huésped nos lo envía Dios, y sólo a Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza. Enterraremos piadosamente al muerto, y en cuanto al huésped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Mohadí interrumpió, conmovido, abrazándose a sus rodillas:

—Noble anciano, mi vida es tuya... y entera la daría por haber ahorrado a tu alma el dolor que sin querer te he causado.

—Parte cuando quieras, huésped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas.

Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas.

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa que, abrazada aún al cadáver, sollozaba:

—¡Mi alma, mi vida; yo sabré vengar tu muerte!

VII

Aischa dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y le mandó sepultar a la sombra de un tamarindo, de frente a la Meca. Junto a la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna a las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro a Abul Mohadí se iba a poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Se-

ñor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos a la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, Inconmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos, bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Mohadí permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse a mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y, cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo con voz sorda, rechinante de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa:

—Abul Mohadí, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

—Sí, que nada existe más bello sobre la tierra y que, apesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarle.

—¡No blasfemes, sacrilego! En estos ojos se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás a ver en la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa a perderse entre los tapices de los muros, dejándole al

pobre Abul Mohadí la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

—En marcha—ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Mohadí saltó ágilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre la tumba de Muhamed, blanca e inmóvil, bajo las estrellas, sin temor a los chacales y a las hienas que, olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías.

De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la piedra tumular, y, seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta, pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha.

Ojo por ojo, diente por diente.

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, dur-

niendo bajo las estrellas y disputando a veces sus cubiles a las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa, sus manos aprendieron a manejar el arco y la lanza, sus rodillas a domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía, en unión de algunas siervas, a cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer a su lado, atravesado por la flecha, a su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantanosas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, llanuras desoladas. La arena movediza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al moverse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo a los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando a sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella. Acaba de oír la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros, que, dóciles a las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes a aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca a Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sakun, y le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía sibilante a clavarse en el pecho de la gacela que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduinos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras a la sombra de las palmeras sesteban arrodillados los camellos.

Muhamed, por encargo de su padre, había ido a buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad.

Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas. Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían a respirar, y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte, se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el destino, menos piadoso con su padre que con el patriarca Abraham, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante, y un asolador viento del Este empezó a encrespar las olas de aquel océano de arenas.

Las caballerías se encabritaron, e indóciles a las riendas se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

—¡El simún!, ¡el simún!—gritaban espantados los beduínos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y a lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos. Aischa se sentía arder toda, como en vuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó a tenderse a su lado, sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más...

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura a aquellos restos queridos.

Desde entonces, su suerte estuvo ligada siempre a la de su primo el Assadi.

Llegaron a la tribu de los Beni-Musas, y a la luna siguiente celebraron sus esponsales.

Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía a la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó a sus viejos servidores, y les dijo:

—Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida a su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz de un solo bote de lanza de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos a seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

—Pues bien—continuó Aischa—, ensillar los corceles. Esta noche partimos, antes que regrese mi tío y pueda oponerse a mis intentos. Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre,

sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto,

No en vano, en mi niñez, mi padre, cuya memoria todos respetáis, me dió a comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa puesta en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol a su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.

VIII

Aischa, al frente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba a sus viejos servidores, a Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos en las primeras campañas del Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga, para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos, y antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate a diez y siete y persiguió a los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron, cargado de cadenas, a Antioquía, y fué pre-

sentado así al hijo de Constantino, emperador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase a su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas con la ayuda de un renegado pudo evadirse de ella y, tras gloriosas y heroicas aventuras, llegó de nuevo al campamento, dondè su hermana, la bella Kula, le lloraba amargamente, creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla, en la que hizo prodigios de valor, llegando a ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba a un enemigo, repitiendo a cada golpe:

—¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba a los escuadrones enemigos, no atreviéndose a seguirle más que otro guerrero tan heroico como él, que con sus golpes hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

—¡Venganza de Dherrar!

Dherrar, lleno de admiración y de curiosidad, y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba a vengarse de los cristianos, corrió a su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana la bella Kula.

Aischa renovaríá las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Mohadí, exclamaríá también, en un alegre grito de victoria:

—¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y al amanecer de un bello día

de primavera descabalgaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Mohadí acababa de salir, en peregrinación, hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño, para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida en un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó a sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación a la Ciudad Santa, para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita a la casa de Dios es santa, y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán a su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir al Mohadí, y atacarle a la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar a sus mujeres y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que, antes de morir, sus labios pudiesen sonreír de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos que acampaban fraternalmente a orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas de Bagdad, de Damasco, de Petra, de Danar, la de la célebre universidad,

de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Alí, el sobrino querido del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores del Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuan y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia, y, sobre todo, por su locuacidad. Todos los pueblos del Islam se congregaban en aquella peregrinación anual a la Ciudad Santa.

Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente:

—¡Bendita sea la ciudad del Profeta! ¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplan y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejes, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete

elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

La voz del Muezzin se elevó, pura y mística, congregando a los fieles a la oración de la tarde:

—No hay más que un solo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras, síntesis fanática del alma, acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

—No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.

IX

Aischa pernoctó en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahim, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas alzadas en un huerto de los arrabales.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Mohadí entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido a la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahim decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguiría sin separarse de él hasta no encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo, guiada por Ibrahim. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarla, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos; prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de la dicha, la gloriosa y fuerte mujer que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vivos tonos, cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían a su paso, y nuevas

gentes acudían a visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzulhans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes o bajo los arcos de la calle, los santos penitentes permanecían inmóviles, semide-nudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, largos y huesosos, las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El Palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y sus ajimeces.

Aischa, guiada por Ibrahim, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murallas y torreones almenados que conduce hasta Kaaba, «La casa de Dios».

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud.

Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórvido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas a cincel como joyas. De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte está la Kaaba, «La casa de Dios».

Conducen a ella siete preciosas galerías resplandecientes de azulejos y bordadas como encajes.

El modelo de este templo—dijo Ibrahim—bajó del cielo, formado con rayos de luz, a ruegos de Adán, el primer hombre, copia del que dos mil años antes se había construído en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los arcángeles.

Después del Diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael.

Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro, les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordada en oro, la profesión de fe koránica:

—No hay más Dios que Dios, y Mahoma su Profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fe, penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como a un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el Arcángel Gabriel se la llevó a Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

«No hay más Dios que Dios».

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo a acusar a todos los que la hubieran besado con labios impuros.

Aischa e Ibrahim se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento a Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo tiempo sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismail.

Tras pasaron la balaustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del *zem-zem*, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed a su hijo Ismail, y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Mohadí. En vano Ibrahim preguntó por él, discretamente, a todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron a la ciudad.

El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situadas en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multicolores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hom-

bres ágiles y estrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs, para arrebatárselos las varetas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Mohadí, y se detuvo.

—Cincuenta dinhares—gritaba el mercader.

—¡Ladrión!—murmuró el Mohadí—. ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin; ya que no tus razones, me convencen tus mercancías.

Y cogiendo un puñado de tierra añadió:

—Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Mohadí.

Aischa e Ibrahim se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Mohadí, donde pagaron, a precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.

X

Aischa no perdió de vista al Mohadí. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Mohadí decía a uno de sus servidores:

Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón...

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalar el Mohadí, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

—¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...

—¡Ya lo creo —respondió complaciente Mohadí, halagado en su vanidad—. Además, esta yeyua tiene una historia que va unida a la de mi vida.

En cierta ocasión—añadió confidencialmente—marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin, todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduínos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y solo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba los beduínos un mancebo arrogantisimo, que apenas me vió se vino hacia mí a toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo, y de un golpe certero atravesé a mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al

herido y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar a rienda suelta. Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reconocieron, y, como es natural, reclamaron mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió a ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, al frente de sus guerreros, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse. Su mano tembló sobre la empuñadura de su alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Mohadí, con la voz aún insegura:

—¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

—Poco más de un año.

—¿Y no temes a la familia del muerto?

—Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte.

Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas, te he visto siempre a mi lado, en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron a regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo a mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Mohadí le consultaba en sus compras, y Aischa se

complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Mohadí:

—¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te detendríamos en mi aduar y celebraríamos fiestas en tu honor.

—Acepto gustoso tu ofrecimiento — respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban a sus hogares, alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Mohadí llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta. Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

—Pero no; su venganza sería más noble, cara a cara, en campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Mohadí avanzaban fatigados, pidiendo a Dios, a grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando a beber al peregrino, y tres palmeras se alzaban majestuosamen-

te ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos beber primero, vinieron a las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo a relucir los aceros.

Ibrahim, como a una señal convenida, arremetió con su lanza al criado favorito del Mohadí y le pasó de parte a parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua a la del Mohadí, le dijo a éste:

—Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros, en cambio, tenemos cuentas graves que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, a quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra a tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban a luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Mohadí, presintiendo la agilidad y la fuerza de su adversario, se decidió a darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y, en línea recta como una flecha partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para que el Mohadí se detuviera le dejó pasar, atravesándole el costado de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer a su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas y, sobre todo, preparadas de antemano para este encuentro.

El Mohadí se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pie a tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo:

— ¡Dios te ampare, Abul Mohadí! Así las gentes conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi.

Y al terminar estas palabras, levantó la espada con ambas manos, y de un solo tajo cercenó el cuello del guerrero.

—Ibrahim—dijo luego a su siervo—, recoge esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan a sonreír, una vez siquiera antes de expirar, los labios del viejo Almanzur.



EL ÚLTIMO ABDERRAMAN

A sidl-Ahmed-el-Muaz, al grande
y noble poeta, gloria del Islam.

El misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelic-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreích, discípulo del sabio Alí-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómica sirvieron de pauta a las del célebre rey de los cristianos Alonso-ben Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigiliás, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajada a cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada a veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el resto del atrevido Observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de

la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

—¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios!—murmura jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa varonil se alza triunfal.

Los grandes ojos rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral, de la ciudad dormida a la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de frescura. Se la siente gotear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los kioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre el Dauro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el

índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta, aparece la patriarcal figura de Alí-ben-Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea flutuante a lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

—¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh, Abderramán, hijo de reyes, descendiente del Profeta, todos los bienes que prodigó a manos llenas sobre tu estirpe! —murmuró despacioso, inclinándose en una profunda reverencia, hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El joven se abalanza a su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial, del sabio Hafiz pudiera aportar a su espíritu atri-

bulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan, jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

—Ve, Alí, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas—la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desenrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Alí-ben-Jusuf las examina atentamente, una por una, escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadedear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia.

—Príncipe—interrumpe el anciano—los sellos se han roto, y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va a abrir sus páginas ante tus ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos para escuchar el eco de la palabra divina?

—Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Alí-ben-Jusuf señala, uno por uno, los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

—Este cometa cuyo caudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de

una pureza de luz única, que fulgura como un diamante, entre la constelación del León y de las Vírgenes, predice un hombre puro: un corazón de león en cuerpo de virgen.

El sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Sus labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonan horrorizados de tantas iniquidades.

Hemos confiado a los ineptos los bienes que el Señor encomendó a nuestro cuidado. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota.

Nuestros brazos se han cansado de acuchillar a nuestros propios hermanos, y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagan desordenadamente por el Norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan presurosos a reclamar el auxilio de nuestros brazos. Las armas cristianas se aprestan a conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar, y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en las olas las mismas sombras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas. La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos, de naranjos y tamarindos, que conducen a Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La

cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso dentro de poco abrirá también sus brazos sobre los santos minaretes de la Kaaba, como los ha abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam:

Ahora nuestras mezquitas trocáronse en iglesias: sólo brillan en ellas la cruz y las campanas, y nuestros almibábares, aunque de duro leño, lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras almofallas y las conduzca a la victoria. Tú eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura que la de los kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán:

«Aléjate del ignorante y teme su contacto.» Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también a los demás.

Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que fundó la magnanimidad del kalifa Alhakemben-Abderramán, y que tus padres custodiaron con el mismo fervor

que se guardan en Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas lunas de estudios voraces, la fui volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser el elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahani pareció presentir tu valor, cuando escribía:

«La luna del Islam tendrá un eclipse; los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño, y los lobos caerán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz y, para mayor gloria del Altísimo, ahuyentará a los lobos y pondrá a buen recaudo el rebaño.

Tú puedes ser el cachorro de los viejos leones que cantó el poeta de *El Aganir*. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer a los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes, y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de Fajalauza, que deja impresa la menor huella. Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.

Has buceado en el mar de lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la músi-

ca de los astros y lees en ellos como un quiromante egipcio en las rayas de las manos.

Has sido conducido a la cima de un monte para oír la palabra que no se olvida nunca y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por límpidas corrientes de agua perfumada. Llevarás brazalete de oro y de perlas, y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán a tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos, en sus mismos troncos de pedrería, fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tú puedes ser, oh, Abderramán, el glorioso restaurador de la Ley! »

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y graves, van cayendo en el silencio sonoro como un desgranar de sartas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

—¡Oh, Alí! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera esa la predicción de los astros!—exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como en un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

—¡Oh, Abderramán; ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como de plomo, y lázate violentamente al abismo que el Destino abre ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos; la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo, aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y a la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren a hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio, si la desgracia te persigue nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarama a los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se suba a las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asalten para hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de *Eblis* con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

—¡Oh, si todo se redujese a aplastar de un maza-
zo al gigante más terrible, custodio de los tesoros del Destino; a derribar de una lanzada al dragón más violento!... Mi estirpe brillaría más fúlgida que el Sol en el zénit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta, como lo sostuvieron mis antepasados los califas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellanas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se verían coronados por los turbantes del Heguiaz, y

nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de la exhaltación, sus ojos arden, su faz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el Sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes; y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe con relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para semejar así, con toda la impetuosa belleza de la juventud y de la fuerza y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el Arcángel exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los Profetas centenarios.

—Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad y el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre a la serpiente y a la mujer que intenten detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre heroica. Si vas a la Meca en peregrinación, más que a la aridez del desierto y a las zarpas de las fieras y a la mortal embriaguez del Sol, debes temer al encanto verde y venenoso de los oasis flo-

ridos que fingen los demonios para la perdición de los buenos creyentes. Quien se duerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo a la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en pecho de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata, hasta hacerse cóncavo como una copa, para recoger en sus paredes hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta a lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una canción de amor, donde todos los leones del Deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales.

Sobre el jardín la Noche es una
fragante y tibia invitación.

¡Ven a soñar! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

La brisa, es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.

El surtidor, desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.

Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.

Tiembla el luar sobre tu tez.

Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistasas cuadrillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de su belleza, la calada galería del patio de los leones. Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las dos Hermanas, conduciendo en artísticas canastillas de mimbre las flores más frescas de los jardines del Alcázar y los más sabrosos frutos de los huertos de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de los velos trasparece a la luz, y las joyas más fúlgidas rājampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turquí de los cincelados cofrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres: Noemia, Rahdiá. Sobeida, Bohia, Kethira, Saida, Zahra, Malíha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso, apacible, risueño, claro, fecundo, florido y feliz existe sobre la Tierra.

En los cabellos oleosos tintinean zéquies; en los tobillos y en los brazos desnudos, fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles centellean los collares. Y una música de oro acompaña el ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael. A un lado

de la estancia se oculta, bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamie, destinado al reposo de la bella favorita del emir.

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatros arcos que, en unión de veinticuatro columnas esbeltas y gráciles como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fúlgidas estrellas de colores, y rodeada de diez y seis ajimeces.

Por las tenues celosías esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ráfagas de luz, dando a la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que fingen olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encajes e isias trasparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con cintas y hojarascas, campean esculpidas las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dragones. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas, escrita en letras de oro: *Allah galib illah*. (Sólo Dios es vencedor).

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran Emir, repitiendo versículos de las suras koránicas e inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una

inscripción dice: «Alabado sea el Sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abū-Abdala, Mohamed-ben-Jusuf-ben-Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos.»

En otra refulgen estas sagradas máximas koránicas: «Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron tocadas nunca de genios ni de hombres. Descansarán reclinados en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor lleno de majestad y de generosidad!»

En algunas se entrelazan estrofas galantes los genios más preclaros, como esta de Abdala-ben-Xamri, a propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II:

Más al collar avalora
y a sus preciosos jacintos,
la que en esplendor excede
al Sol y a la Luna unidos.

Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios,

pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.
¡Oh, perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos,
juntos el Mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino desgranar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejear de las brisas entre los arrayanes del patio y el trasparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhuna llamaba a esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos policromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpura y de oros.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo de esmeraldas, abierto sobre la fragante primavera de los jardinas perennes, y sostenido por sus mármores y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refulgen caprichosas

inscripciones alabando la belleza de esta estancia.

En una, se le llama «Fuente clara», en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un transparente lago de zafiros, o las olas verdes y cristalinas de un mar sereno donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos abiertos a sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente a este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde, reclinada perezosamente sobre blancos cojines, reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente Muhamed II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Virgenes nubias pulsan arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojó de frescas rosas que en límpi-

do vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,
pues su imperio nunca acaba...
Todas las flores son tropas
y la rosa es la sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño los óleos fragantes que ungirán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente a tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos

y ondulantes, el negror agorero que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del Desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubíes, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando trasparecer a veces la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los braraletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza a ser sofocante. Asciede de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

A lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafles. Son los jinetes de la guardia real, que suben a la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de las cipreses.

De súbito, Leila Hassana entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre trípodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de áloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran a cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de madera aromáticas, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada como esos ligeros vapores que a los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y a través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por las músicas y los cánticos, y aspirando por todos los poros de

su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpientes de humo se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla a sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

—¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas, logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias. ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairum-el Rasxid, en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces acordes a los sonos de los instrumentos más armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Scherezada...

—¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aún me enajena!— murmura Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y, agrupadas a su alre-

dedor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

—Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron a dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho, a buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma, poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante, parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa pudieran disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre a la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, y aunque mis labios dejaban

escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos jirones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después, me dirigí a este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño. Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina a su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India, que flotan abiertas a la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces. Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, a lo largo de florestas encantadas sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas, se asomaban al azul del cielo para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapa-

do de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. A sus compases, se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del Otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas esmeraldas y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar, los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las bri-

sas y las fuentes hablaban un idioma inexpresable más dulce que el son de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfanje de llamas, combatió al frente de una legión de querubés, al lado del Profeta, salió a mi encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron a un templete resplandeciente que se alzaba a la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo zafiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura llameante.

Sentí en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz o bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades rozando los flecos de oro de las estrellas, y sintiendo a veces salpicar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande o tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como náfragos a una playa encharcada de sangre, donde las cabezas trucas de los degollados se abrían en muecas de espanto, como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta noche. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos hierva la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mí todas las felicidades del Cielo y de la Tierra!

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas, silenciosas, le rodean.

Los instrumentos músicos duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y

algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarrar el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bajo el calado mirador. Y los atambores y los añafilas atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patio del Alcázar, y a lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

—¿Qué pasa?—murmura bruscamente la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman a los ajimeces.

Son los correos que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando: ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, e inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

—El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar a la perla de su harem, a la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven a gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro, y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y a través del humo azulado de los pebeteros se ve todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

III

Ha terminado la oración del Alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la Primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe a la ciudad.

Las almenadas torres de La Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones verdes de los cármenes, y el oro flúido del Sol

centellea en la fugitiva pedrería del Dauro y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas a la sombra de los arbustos floridos. Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejos, la voz jubilosa de los muezzines desciende sobre la ciudad, congregando a los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso, a recibir a las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multi color de turbantes y de alquices tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente a lo largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los gigantes puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra columna de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso curuscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de los cielos flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etiopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanjes; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebosantes de cálices y de los patios olorosos a ámbar, a mirra, a nardo, a todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y transparentes como encajes de

crystal, rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas, relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos riman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes o rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos se engullen largas tiras de estopa ardiendo o cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzur campea con las más gloriosas alabanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal agujijón, y los áspides se balancean de ellas, rítmicamente, a los somnolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas. Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir a cambio de algunas miserables monedas.

Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjaezados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas. Y cuadrillas de alegres mozos y desenvuel-

tas doncellas pululan por todas partes, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno en una embriaguez oriental de pompa o de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatín, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las riquezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

A un lado, los más hábiles joyeros ofrecen alhajas de oro y plata de tan fina labor, que se dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna, retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, diademas de topacios y de ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan corvos alfanjes damasquinos, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y clepsidras, donde el tiempo se desgrana gota a gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas indicas.

Al otro lado, en otros bazares se ven largos tubos cilíndricos por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquímias, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profusión de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los telares de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira.

En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaicería, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la

opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja del árbol al ímpetu del huracán, en caravanas, ya por las abrasadas regiones del Africa, ya por las populosas ciudades asiáticas o por los pueblos bárbaros de Europa.

—¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente? — exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras—. Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por genios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dilo tú si no, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las comarcas de Palestina. Tú lo sabes también. Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venirse a tierras del Islam, sufren los más afrentosos vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita a vuestros caballeros a quebrar cañas y a romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza sólo se puede comparar a nuestra liberalidad. Tendrá Chachemir, sedas; Goleonda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal

con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navíos de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la Tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena a nuestros ríos. Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

Jamás el Sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas índicas, metales preciosos, abortan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares que envidian Bagdad y Damasco; observatorios que taladran el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagrado, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la más lúcida imaginación.

Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan; guerreros que las defienden, y alarifes que nos traen a la Tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos; de los habares en flor; de los bosques de limoneros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias, límpidas y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas, de las mil fuentes borbotantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ébria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azoteas de los molinos, albeantes entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, a lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los kioscos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes al sol, por cima de las azoteas y de los tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finísimas, cómo llu-

via de rocío, o formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega, que vienen también a compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea voriferando.

Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y ululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altopiano cubierto de algarrobos; serpentea por todos los caminos; atruena en Puerta Elvira; se extiende en un vocerío delirante a lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las plazas, y a través de los puentes tendidos sobre el Dauro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que, rodeado de su corte, espera impaciente en el Salón de Embajadores, la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y móviles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco a poco, parece abrirse, y el oro del Sol dardea, por fin, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas se aproxima. Son los Zenetes, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos y el hierro de las espuelas sangrando en los ijares, azuzan los caballos.

La multitud los aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta a su paso atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascos saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después, son los Gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegríes, y los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almoravides, toda la nobleza del Islam, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos: entre relámpagos de oro y pedrería; en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparpadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo, triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuestas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, ahuyentando los pájaros y levantando hasta el sol jirones de nubes polvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oír, por fin, sus notas guerreras. Y solo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan a los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vítores estalla hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesí del rendaje, los topacios y los criso-berilos fulguran como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente; la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfanje damasquino, envuelto en la blancura

de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren a su paso, y tras ellas los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda multicolores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en cuyos petos fulguran bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de plata las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños, jinetes en salvajes corceles de desgredadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y por último, cerrando la marcha, los guerreros etiopes, la caballería berberisca, los peones arma-

dos de hondas y de picas y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. Ascende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia. Desde los Adarves llueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados a lo largo de los senderos, le saludan, chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas el suelo.

Salta del corcel, que un paje nubio retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan escapar sus más alegres sonos.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, e inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

—¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo. Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas a los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaldes que las gobernaban,

Más de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se prosternan a tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.

El Emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

—Pide cuanto desees. Mi magnificencia sabrá recompensarte. Pídeme la más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

—Señor, sólo pido tu venia para volver a guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos.

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanjes.

Sólo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adorara en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

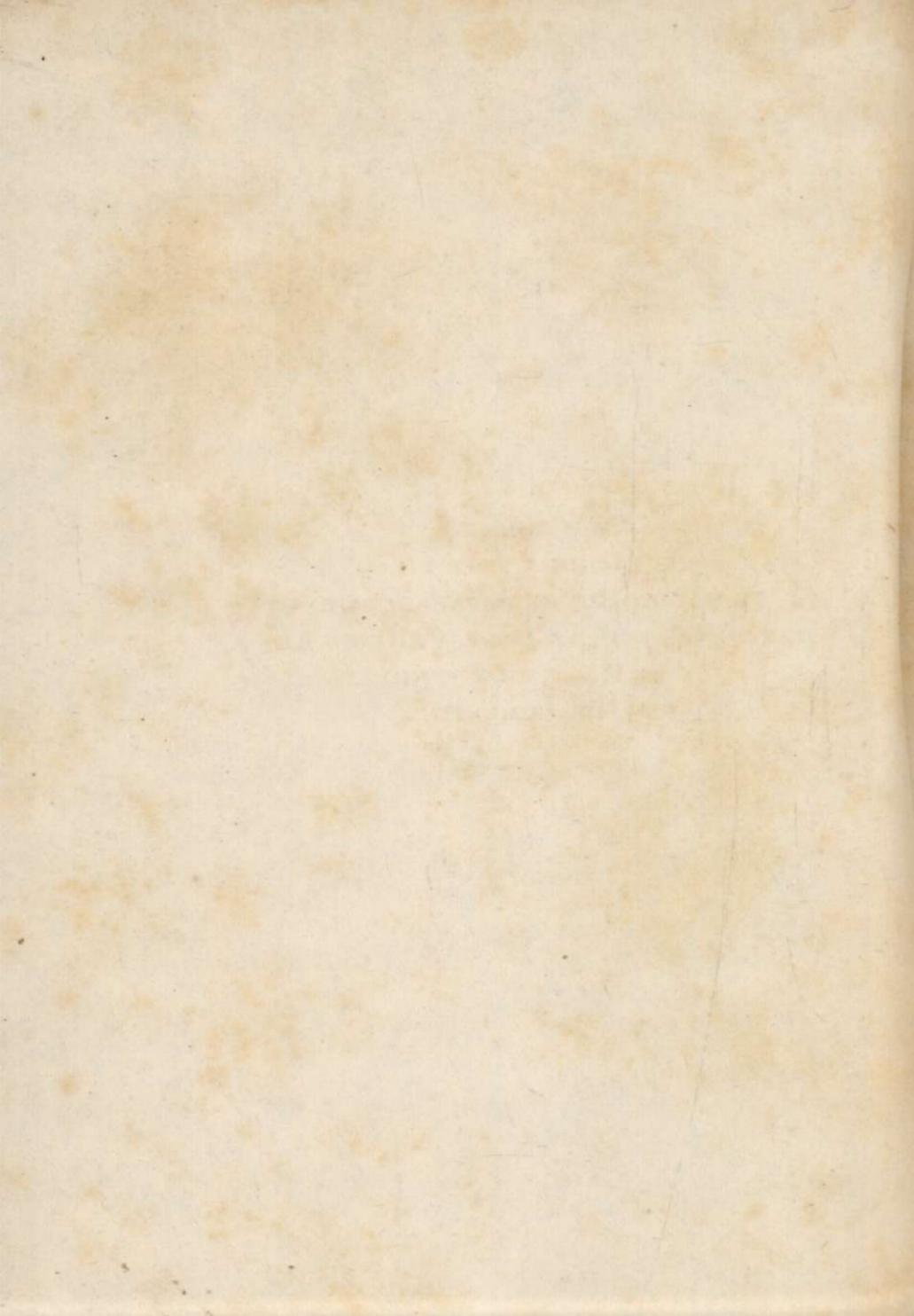
El Emir sonríe a Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negra de su barba.

IV

Aquella misma noche, un esclavo nubio cercenó de un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada fué a ofrecérsela, sangrando aún, a Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir Muhamed II.



ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ
EL DÍA XV DE JUNIO
DE MCMXVII



Obras completas de

FRANCISCO VILLAESPESA

TOMOS PUBLICADOS

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
- II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
- III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
- IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSDIAS.
- V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
- VI.—LAS JOYAS DE MARGARITA: BREVIARIO DE AMOR.
LA TELA DE PENÉLOPE.—EL MILAGRO DEL VASO DE
AGUA.
- VII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDE-
NALES.
- VIII.—EL MILAGRO DE LAS ROSAS.—RESURRECCIÓN.—AMI-
GAS VIEJAS.
- IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES.—LAS PUPILAS DE AL-
MOTADID.—LAS GARRAS DE LA PANTERA.—EL
ÚLTIMO ABDERRAMÁN.

EN PRENSA

- X.—LA LEONA DE CASTILLA.—EN EL DESIERTO.
- XI.—TRISTITIE RERUM.
- XII.—EL REY GALAOR.—EL TRIUNFO DEL AMOR.

EN PREPARACIÓN:

Obras completas de

RUBÉN DARÍO

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, FERRAZ, 21